

Leo J. Trese

# LA SABIDURÍA DEL CRISTIANO

Ediciones Palabra, S.A.

Madrid

© Ediciones Palabra, S. A., 1998 P° de la Castellana, 210 - 28046 Madrid

Traducción: Joaquín Esteban Ferruca *Con licencia eclesiástica*

I.S.B.N.: 84-7118-349-8 Depósito legal: M. 13.832-1998



© 2005 Morgan Software por la edición electrónica formato PDF  
**Este archivo pertenece a una biblioteca circulante. No puede  
venderse ni arrendarse, tampoco ser impreso.**

**«Cuando entre la sabiduría en tu corazón y la ciencia sea dulce para tu alma, velará sobre ti la reflexión y la prudencia te guardará, apartándote del mal camino...»**

*(Proverbios, 2, 10-12).*

## INTRODUCCIÓN

## 1

¡Qué triste debe ser la vida para quien no cree en Dios! Supongo que quienes gozamos del don de la fe desde la más tierna infancia no podemos saber lo que realmente pasa en la mente de un ateo. A veces, he tratado de imaginar lo que yo sentiría si no creyese en Dios. Me he visto contemplando el cadáver de un ser amado y diciéndome a mí mismo: «Bien, todo acabó; ya no eres más que un montón de carne y huesos...». También me he visto sufriendo dolores intolerables que no tendrían ningún sentido ni ningún valor, que no serían más que una burla cruel de una naturaleza ciega. Y he intentado intuir lo que sería una existencia sin una Ley Divina que orientara mi voluntad, libre de hacer lo que me viniera en gana, con el único freno de evitar el dar con mis huesos en prisión... ¡Con qué ansia febril trataría de arrebatarme a la vida lo que pudiera satisfacer mi egoísmo! ¡Qué noches de

angustia pensando que en cualquier momento la nada absoluta podría caer sobre mí!

Seguramente, un ateo no piensa así porque si se dejara llevar de esta lógica aplastante dejaría de serlo enseguida... Por eso cuando la muerte le arrebatara sus seres queridos no suele quemar los cadáveres y dispersar sus cenizas; los entierra ceremoniosamente y, si los lleva al horno crematorio, guarda cuidadosamente las cenizas en una urna. Y cuando se presenta la enfermedad la acepta como «ley de vida», pero no se suicida. No cree que exista una ley moral objetiva -sólo los «débiles» la aceptan-, pero cree en la «decencia» y «ama a la Humanidad»... en abstracto, por supuesto.

De hecho, no creo haberme topado jamás con un ateo auténtico. He encontrado gentes que decían no creer en Dios o en el otro mundo, pero tan agresivas al afirmarlo, tan ansiosas de encontrar argumentos, que daban la impresión de querer justificarse y aquietar su conciencia.

Una persona en la que la fe religiosa estuviese absolutamente muerta, dejaría que los demás creyesen lo que quisieran. Por eso, siempre he sospechado que es la esperanza lo que hace que tantos supuestos ateos traten de convertir a los demás a su «credo». ¿No será que no están satisfechos?... El humo que arrojan hace pensar que la hoguera de su fe sólo está adormecida y puede estallar en llamaradas en cualquier momento...

Esto no quiere decir que sea fácil argumentar con un ateo, ya que, si fuera *capaz* de pensar con cierta lógica, no tendría más remedio que admitir la validez de las pruebas de la existencia de Dios. Porque tales pruebas existen, y son tan sólidas, que no pueden dejar de convencer a quien admita las leyes de la evidencia y esté dispuesto a confiar en su poder de raciocinio. Lo que pasa es que «no hay peor ciego que el que no quiere ver». El ateo interrumpirá el hilo de la argumentación con una sonrisa de desprecio para murmurar como Pilato: «¿Y qué es la verdad? ¿Cómo sabes que la mente con que piensas puede captar la realidad?»... Luego, aducirá una serie de supuestas «dificultades» bíblicas o dogmáticas, como el episodio de Joñas y la ballena o la existencia del «fuego» en el infierno... Todo, menos plantearse la decisiva pregunta: ¿F.xiste un Dios ante el cual somos responsables?... Y si tratamos de acorralarle, se saldrá por la tangente con algo que, a su juicio, nos dejará descalificados, haciéndonos callar avergonzados: «Pero, hombre, eres un *retró-Knulo*... ¡Ésos son argumentos *medievales*!».

No, es inútil argüir con un «ateo» de esos. Los fariseos vieron cómo Jesús obraba estupendos milagros que probaban su divinidad y se retiraron diciendo: «Este hombre tiene el demonio metido en el cuerpo».

Cuando un ateo «convencido» quiera discutir con nosotros y empiece a pincharnos, lo mejor será decirle: «Amigo, no quiero discutir

contigo, aunque sí pienso rezar por ti y mucho...». Eso, probablemente, removerá su conciencia que, taponada e incapaz de encontrar un desagüe, estará cada vez más hinchada. Tal vez, humillado por no haberle dado la oportunidad de demostrar su agudeza, nos diga: «Reza cuanto quieras y enciende, de paso, una vela a Santa Rita...». Sí, tal vez nos muestre su desprecio, pero si rezamos por él y nos mortificamos, si seguimos mostrando con él la caridad de Cristo, el día menos pensado, Dios y nuestro cariño obrarán el milagro que no hubieran realizado nuestros argumentos.

El Cardenal Newman, en su sermón sobre «La verdad del Evangelio», dice que «no nos debe extrañar que seamos vilipendiados y despreciados por aquellos a quienes les resulta más fácil atacar las creencias de los demás que definir las suyas. La ignorancia es muy peligrosa. Cuando, además, cree que sabe, se habla por hablar, por mostrarse hábil, agudo y profundo. Los que así actúan, hablan a la ligera del Dios Todopoderoso, porque sólo pretenden satisfacer su vanidad y su amor propio. De ordinario, no tiene sentido discutir con tales personas, ya que, como no han sido educadas para obedecer a su conciencia, refrenar sus pasiones y examinar sus corazones, no se mostrarán de acuerdo con nada de lo

que digamos, sino que lo pondrán todo en tela de juicio. Se mueven en otro terreno y, cuando hablan de religión, son como ciegos conversando sobre colores».

Estas palabras del sabio Cardenal son muy ciertas. Sin embargo, cometeríamos un grave error si convirtiéramos la dureza de corazón de los incrédulos en una excusa de nuestra ignorancia, porque, aunque no estén dispuestos a aceptar nuestros argumentos, nosotros debemos conocerlos. Además, no todos los incrédulos son gente endurecida o maliciosa. Muchos buscan sinceramente la verdad, desean «ver», anhelan que se les convenza. En beneficio suyo, debemos, como dice San Pedro, «estar dispuestos a dar una respuesta a quien nos pida razón de la esperanza que poseemos».

Conviene que nos convenzamos de que no tenemos que ser unos genios para comprender -y hacer que los demás comprendan- que las verdades fundamentales de nuestra fe son algo razonable. Dios no creó al género humano para que sólo unos cuantos genios alcanzaran el Cielo, sino que procuró que las pruebas de su existencia y el conocimiento de las verdades fundamentales para la salvación fueran comprensibles para cualquier persona de mediana inteligencia y buena voluntad. Respecto a la religión, el sentido común es mucho más importante que un doctorado universitario. ¿Quién no conoce a gente cultísima que sabe infinidad de cosas aprendidas en los

libros y, sin embargo, es incapaz de pensar con lógica y sacar conclusiones? La cultura es útilísima cuando florece en una mente dotada de buen juicio y *capaz* de discernir con prudencia; ahora bien, cuando arraiga en una mente superficial retorcida o soberbia, sus frutos suelen ser amargos y deletéreos.

Mucho me temo que el olvido de esta realidad es lo que hace que bastantes estudiantes pierdan la fe cuando asisten a una universidad laica. Se sienten deslumbrados por ciertos catedráticos de renombre o por sus libros que les recomiendan, y su tendencia natural a venerar al «maestro» se ve fomentada por la verborrea de quienes, en su profesión de ateísmo o de agnosticismo, son mucho más dogmáticos que el Papa en cuanto a materias de fe se refiere. A veces, basta una sonrisa despectiva hacia la religión o hacia la teología para que el incauto joven empiece a pensar que sus padres, el párroco, y los profesores de su colegio son unos pobres «carcas», retrógrados y anticuados.

Tengo junto a mí un libro de texto escrito por un catedrático de una universidad del Estado. Se titula «Historia de la Civilización Occidental» y figura como libro de texto en otras muchas universidades estatales. Pues bien, en el capítulo consagrado a los orígenes de la religión, dice lo siguiente: «Es una opinión *unánime* de los historiadores y antropólogos actuales que la religión surgió a causa de la incapacidad del hombre primitivo para dar



una explicación natural de la vida y de la naturaleza... El hombre moderno, equipado con los recursos que le ofrece la ciencia actual -desde la astronomía a la física, pasando por la psiquiatría y la sociología-, está capacitado para dar una explicación convincente de casi todo lo que el hombre primitivo observaba y experimentaba sin podérselo explicar». Luego, el autor llena varias páginas de su obra con una verborrea pseudo-científica destinada a mostrar que la religión no es más que una reminiscencia de la actitud del hombre primitivo, una reliquia histórica llamada a desaparecer.

No cabe sino apiadarse del estudiante que trate de aprobar la asignatura con un catedrático así y, al mismo tiempo, quiera ser fiel a sus creencias...

He subrayado la palabra *unánime* porque es una falacia. ¿Acaso se puede despreciar a Garitón Hayes, a Parker Moon y a una legión de historiadores de prestigio internacional -católicos y no católicos- que *no* comparten esa opinión *unánime*?

Todavía peor es dar por supuesto que resulta imposible probar la existencia de Dios, porque sí que se puede probar con pruebas sólidas, racionales y convincentes; y no sólo la existencia de Dios, sino también el origen divino de la Iglesia Católica. No se trata de pruebas *aplastantes*, irresistibles, porque si lo fueran (si la existencia de Dios, la divinidad de Cristo o el origen divino de la Iglesia fue-

ran tan *evidentes* como la luz del sol) nuestra fe no tendría ningún mérito. No, no son verdades evidentes, sino verdades que hay que probar *racionalmente*, porque Dios no quiere *obligarnos* a creer. Quiere que, en último término, confiemos en Él. Ahora bien, en interés de la misma Verdad, conviene que conozcamos las pruebas de su existencia y nos familiaricemos con ellas para que nuestra fe se vea apoyada por nuestra razón.

## Capítulo I

## ¿EXISTE DIOS?

## 1

Cuando nos despertamos por la noche al oír un ruido sospechoso dentro de la casa, lo primero que pensamos es que «alguien anda por ahí». Luego, mientras contenemos el aliento y tratamos de captar ansiosamente nuevos ruidos, buscamos el motivo: ¿Habrán entrado un ladrón? ¿Se habrá levantado alguno de nuestros hijos? ¿Habrán sido el viento o, tal vez, un ratón?... En cualquier caso, lo cierto es que no nos quedamos tranquilos hasta descubrir el motivo. ¿Por qué? ¿Por qué no nos conformamos con pensar que «ha sonado un ruido», sin más, y nos volvemos a dormir? Sencillamente, porque somos seres inteligentes y sensibles, porque tenemos una mente *capaz* de razonar y sabemos que todo lo que sucede tiene una *causa*. Algo tan obvio que no es preciso insistir en ello; técnicamente, se puede expresar así: «Todo efecto debe tener una causa proporcionada».

Sin embargo, por obvio que nos *parezca*, hay quienes, en la práctica, lo niegan. Son los ateos, quienes dicen que nadie ha podido comprobar que eso sea cierto en *todos* los casos. Su razonamiento es, más o menos, éste: «El que la experiencia nos muestre que cada efecto debe tener una causa no quiere decir que no pueda haber excepciones. Tal vez, entre millones de casos no haya ni uno solo que se haya producido sin causa, pero quizá entre billones y billones haya algún efecto sin una causa anterior, porque todavía no hemos podido comprobar que no sea así».

Estúpido, ¿verdad? Sin embargo, el ateo, en su cerrazón, está dispuesto a negar la evidencia. ¿Por qué? Porque sólo negando el *principio de causalidad* -el hecho probado de que todo efecto tiene una causa- puede negar la existencia de Dios.

Hay diversas maneras de exponer ese principio y de argumentar a partir de él. Una de ellas puede ser ésta: De nada no podemos obtener algo. Si no tenemos harina, leche, huevos y *azúcar* no podemos hacer un bollo. Si no tenemos bellotas, no podemos plantar un roble. Sin padres, no hay hijos... Así pues, si no existiera un Ser eterno (es decir, que nunca haya *empezado* a existir, porque posee la existencia por naturaleza) y todopoderoso (es decir, *capaz* de hacer algo de la nada), no existiría el mundo con toda su variedad de seres, no existiríamos nosotros. Porque, de no existir ese Ser omnipotente, ¿quién habría hecho que

todas las demás cosas existieran?... Un roble procede de una bellota, pero las bellotas crecen en los robles. ¿Quién hizo la primera bellota o el primer roble? Los hijos tienen padres, y esos padres son hijos de otros padres, y éstos de otros. Ahora bien, ¿quién creó a los primeros padres?... Los evolucionistas dirán que todo empezó a partir de una informe masa de átomos, pero ¿quién creó esos átomos? ¿De dónde procedían?... Alguien tuvo que crearlos, alguien que, desde toda la eternidad, haya gozado de una existencia independiente. El cual es precisamente ese Ser a quien llamamos Dios.

Un Dios que, además de ser eterno y todopoderoso, tiene que ser también infinitamente sabio, dadas las innumerables pruebas de su Inteligencia que observamos en el mundo; porque es evidente que allí donde existe un plan tiene que haber alguien que planifica; ahora bien, quien no sea inteligente no puede planificar...

Cuando Robinson Crusoe descubrió la huella de un pie en la arena de la playa, comprendió que no estaba solo en la isla, y cuando nosotros descubrimos que algo obedece a un plan, comprendemos que un ser inteligente lo ha producido. Si un amigo nos enseñara su nuevo televisor y, al preguntarle dónde lo ha comprado, nos dijera que en ningún sitio, que trajo del jardín un tronco de árbol y que, poco a poco, se fue convirtiendo en un televisor, pensaríamos que estaba loco o

que nos estaba tomando el pelo, porque sabemos que algo tan complicado como un receptor de televisión no puede surgir por generación espontánea. Pues bien, ¿podrá surgir por generación espontánea algo tan maravilloso como el ojo humano, por ejemplo?... No, no puede ser que tal cosa «ocurra» sin más, como tampoco puede ser que no tengan explicación, ni causa, los millones de prodigios que se operan en la naturaleza.

Dios existe. Si no existiera, no habría universo ni habría hombres. Si no hubiese un Ser eterno e incausado, *capaz* de crear cuanto existe, no existiría nada, porque la nada no es capaz de producir algo.

Dios existe. Si no existiera, carecería de explicación algo tan simple como el movimiento. Sea que se trate de una cortadora de césped que aguarda el impulso de unos brazos, de unos brazos que esperan la orden del cerebro para moverse, de un cerebro que aguarda ser constituido a partir del acto procreador de unos padres, o de unos astros que empiezan a describir órbitas en el espacio, nada de cuanto existe podría evolucionar o moverse si no existiera un primer Motor que no es movido por nadie, *capaz* -por decirlo así- de impulsarlo todo.

Dios existe. Si no existiera, carecería de explicación el orden maravilloso que existe en el universo. El instinto de la abeja, la belleza de la rosa, la armonía de los distintos órganos del cuerpo humano y miles de cosas más serían inexplicables sin la existencia de un Ser infinitamente sabio que lo planeó todo, porque un plan es imposible sin una inteligencia.

Cuando el ateo, negando la evidencia, dice que todo eso es fruto del azar, renuncia a hacer uso de su razón. Si pusiéramos en un bombo diez bolas de la lotería numeradas del 1 al 10, y las agitáramos, las probabilidades de extraerlas por su orden (sin mirar, por supuesto) serían *una* entre... *¡diez mil millones!* (Eso, al menos, es lo que dicen los matemáticos, no yo). Pues bien, quien tratara de calcular el número de probabilidades que el tremendamente complicado sistema de células, glándulas y órganos que constituyen un ser viviente -y no digamos el hombre- tiene de ser fruto del azar, se volvería loco, porque ni la computadora más sofisticada sería capaz de hacerlo.

¿Y qué decir de la evolución? ¿Qué decir de quienes sostienen que el universo tiene miles de millones de años, que todo empezó con una masa de energía informe, que la tierra no es más que un mínimo fragmento de esa enorme masa, que una serie de reacciones en cadena la fue transformando poco a poco, que la vida hizo aparición como una célula inicial en las aguas y que de formas simples e inci-

pientes de vida fueron surgiendo lentamente todas las demás, cada vez más complicadas, hasta llegar a esa criatura racional que llamamos *homo sapiens*?...

Pues hay que decir lo siguiente: Así como gran parte de la teoría de la evolución no es más que eso, pura *teoría* sin respaldo científico, otra parte parece ser un hecho comprobado científicamente y aceptado por muchos hombres de ciencia, católicos incluidos. Porque se puede ser un buen católico y aceptar la teoría de la evolución, siempre que se atenga a los límites de lo científico y no trate de invadir los dominios de la teología. Dios es la fuente de toda verdad, por lo que no puede haber contradicción entre una verdad religiosa, rectamente entendida, y una verdad científica sólidamente establecida\*.

Un científico auténtico no trata de explicar de dónde procede la nebulosa inicial, la masa de energía, la primera célula viva, como tampoco el abismo que separa al ser humano, dotado de inteligencia y voluntad, de un simple animal, porque, si es honesto, dejará que el filósofo o el teólogo traten de dar una explicación. Si tratara de explicar todo eso acudiendo a fuerzas ciegas o al azar, inmediatamente se saldría de su propio campo, que es el experimental. No sólo dejaría al margen a la ciencia, sino también a la razón.

\* Para mejor aclarar este punto, remitimos al lector al Apéndice I: «¿Cómo es Dios? (Nota del Autor).



Dios, si quiso obrar así, bien pudo crear el universo mediante un proceso de evolución. Eso, en vez de restarle poder, lo reforzaría aún más. Si empezó creando una masa informe de materia y, al mismo tiempo, estableció las leyes naturales que, como fermento en la masa, iban a ser capaces de hacerla evolucionar maravillosamente a lo largo de millones y millones de años, siempre según su plan -un plan de su Mente divina-, no redujo su papel de Creador, sino que lo revistió de una mayor grandeza y majestad.

## Capítulo II

## ¿QUÉ ES EL HOMBRE?

## 1

Imaginemos dos hombres, cada uno de los cuales quiere hacer un reloj. Uno de ellos toma un poco de mineral de hierro, lo purifica en un crisol y lo convierte en acero; luego lo trocea y trabaja hasta conseguir una serie de muelles, ruedecillas y otros mecanismos; finalmente, los va ensamblando todos hasta obtener un reloj *capaz* de medir el tiempo. ¿Qué diríamos de él? Pues diríamos que es un gran mecánico y un experto relojero.

El otro, por su parte, se limita a poner un trozo de mineral de hierro en la palma de su mano, diciendo: «quiero que te conviertas en un reloj». Con lo cual, las impurezas desaparecen, sin más, el hierro se convierte en acero y éste origina muelles, ruedecillas y otros mecanismos que se van ensamblando hasta formar un reloj. Todo, sin manipulación alguna, con la sola voluntad del relojero. ¿Qué pensaríamos de él?... Nuestro asombro, ante tales

hechos, excedería con mucho a nuestra admiración hacia el primero.

Pues bien, si Dios hubiera hecho el universo entero pieza a pieza, creando cada estrella y cada planeta y cada animal y cada planta uno a uno, nos sentiríamos obligados a exclamar: «¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!». Pero si, en lugar de hacer así cada cosa mediante un acto directo de creación, Dios hubiese empezado por crear una masa de materia informe y, mediante un acto de su divina voluntad, hubiese ordenado que se fuera convirtiendo poco a poco en la clase de universo -mineral, vegetal, animal y humano- que Él había proyectado en su Mente divina, ¿qué pensaríamos?... Bien, dejemos que los teólogos decidan qué forma de creación refleja de manera más asombrosa la gloria de Dios y su poder creador.

No, no hay nada que se oponga a la fe cristiana en la teoría de la evolución, siempre que se trate de una evolución científica basada en hechos probados, ajena a toda carga antirreligiosa. Tanto si Dios formó el universo mediante un acto directo de creación como si lo hizo mediante un proceso evolutivo, Él solo es el Supremo Hacedor. Hasta los cuerpos humanos del primer hombre y de la primera mujer pueden proceder de monos evolucionados, si Dios quiso que fuera así, porque eso no contradice el hecho de que, en un principio, surgieran del limo de la tierra.

La realidad es, sin embargo, que no existe ninguna prueba científica seria que garantice que procedemos de cierta clase de monos. Los antropólogos y los paleontólogos han estado buscando incansablemente «el eslabón perdido», el esqueleto fósil de una criatura que fuera mitad animal y mitad hombre. A veces, han creído encontrarla, pero cuando los huesos han sido sometidos a un examen científico serio, nadie ha podido garantizar que se tratase del esqueleto de un mono o del de un hombre. Y la búsqueda prosigue.

Pero nuestra fe no corre ningún peligro. Incluso aunque se descubriera algún día «el eslabón perdido», eso no explicaría el abismo que separa el mero instinto de las bestias de la razón humana. La capacidad de *pensar* y de *escoger* libremente exige la existencia de un alma espiritual, de un alma que, por su misma naturaleza, no puede provenir de ningún proceso de evolución, sino del poder creativo de Dios. Pudo, en efecto, ir formando el cuerpo humano a partir de alguna especie de mono en evolución según el proyecto por Él diseñado y, cuando alcanzó el grado de evolución requerido, insuflar a una primera pareja macho y hembra- un alma humana, convirtiéndoles así en mujer y en hombre. Sí, pudo hacerlo así, en caso de desearlo. Pero, hasta que científicamente se pueda probar sin ninguna duda, sería una locura, a mi juicio, adherirse, sin más, a la teoría de que nuestros

antepasados se mecían en los árboles colgándose del rabo.

Lo que, como cristianos, hemos de creer, es lo que enseña el libro del *Génesis* en un lenguaje en parte didáctico y en parte poético; es decir, que Dios ha creado todas las cosas, tanto las visibles como las invisibles; en cuanto a *cómo* las creó, nada dice. Hemos de creer, también, que todo el género humano desciende de una primera pareja, hombre y mujer, y que el alma de cada hombre -no sólo las de Adán y Eva- es creada directa e inmediatamente por Dios. Porque así como el alma, por ser espiritual, no puede proceder de la materia por «evolución», tampoco puede proceder de los padres por «herencia».

Esto es todo lo que debemos creer. La investigación científica sobre los orígenes del universo prosigue y proseguirá. En esa investigación, los científicos católicos pueden ser -y de hecho lo son- tan celosos y amantes de los hechos como los demás. Pueden llevar adelante sus investigaciones sin ningún temor, porque saben que la verdad es *una*; toda verdad procede de Dios, y Dios no puede contradecirse.

Ahora bien, ¿qué es lo que nos diferencia de los animales? Para empezar, diremos que *somos* animales. En la ciencia filosófica, la

definición más exacta del ser humano es la de *animal racional*. Pues bien, es esta última palabra, *racional*, la que establece la diferencia fundamental con las simples bestias.

Hay tres clases de seres vivos (plantas, animales y hombres) y, por tanto, tres clases de almas (tomando el vocablo *alma* en el sentido de *principio de vida*). Está el alma vegetativa, mediante la cual las plantas crecen y se reproducen; un alma puramente material, sin existencia independiente propia, por lo que cesa de existir cuando la planta muere. Está, luego, el alma sensitiva, mediante la cual los animales no sólo viven y se reproducen, sino también ven y oyen y huelen, sienten dolor y experimentan placer, son capaces de desplazarse; un alma que, aunque constituye un principio de vida más alto que el de las plantas, continúa siendo *material*, sin subsistencia propia y, en consecuencia, perece con la muerte del animal. Finalmente, está el alma espiritual -llamada también racional, a veces-, mediante la cual el hombre vive, crece, se reproduce, se mueve, siente y padece, lo mismo que el animal. Ahora bien, por ella, el hombre alcanza, además, un nuevo nivel de existencia que un alma *material* no podría proporcionarle: el *pensamiento*, la capacidad de pensar. Por ella, el hombre puede comparar y escoger, examinar y analizar todo lo que penetra en él a través de los sentidos. De esa forma, obtiene nuevos conocimientos, extrae ideas abstractas y saca conclusiones. Un ani-

mal puede ver cientos de árboles y, sin embargo, es incapaz de concluir que todos ellos están hechos de madera, y mucho menos de escribir un poema como «Árboles», de Joyce Kilmer. Por muchos triángulos que vea, ningún animal es capaz de averiguar que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos.

Es esto precisamente, su capacidad de razonamiento, lo que hace que el hombre esté hecho a imagen y semejanza de Dios. Verdad es que todo cuanto existe constituye, de alguna manera, una imagen de Dios, pues, como dice el Salmo 18 de David, «Los cielos proclaman la gloria de Dios y el firmamento declara la obra de sus manos». La sólida y áspera roca, el copo de nieve con su delicada simetría, la flor con su fragancia, el ingenioso insecto, el masivo elefante y el hombre, coronándolo todo, forman un grandioso mosaico que refleja la omnipotencia y la bondad de Dios. Ahora bien, cuando decimos que el hombre ha sido hecho a Su imagen y semejanza, estamos hablando de algo distinto. Porque nosotros, los hombres, no nos limitamos a reflejar la bondad, belleza y omnipotencia divinas como las demás criaturas del universo. Es nuestra alma espiritual la que nos hace asemejarnos a Dios, que es Espíritu puro, infinito y perfecto, es nuestro intelecto, con su capacidad para comprender y razonar, el que refleja el infinito conocimiento y sabiduría de Dios; es nuestra voluntad, *capaz* de

escoger con libertad y responsabilidad, la que reproduce, de alguna manera, la infinita libertad de Dios.

Con todo, no somos espíritus *puros*, como los ángeles, independientes de la materia. No se puede decir que el hombre sea sólo alma, ni tampoco sólo cuerpo. Somos seres compuestos de alma y cuerpo. Éste no es un mero instrumento del alma, como la sierra para el carpintero; es mucho más que eso. Porque para que se realice un florecimiento pleno de su ser, el alma necesita el cuerpo, ya que ha sido creada para estar unida a él y estaría incompleta sin él. Algo así -y perdón por lo pedestre de la comparación- como un motor destinado a formar parte del «cuerpo» del automóvil; puede funcionar sin el chasis, pero, para ser eficaz, necesita de él.

Cuando, por la muerte, el alma abandona el cuerpo, continúa viviendo y funcionando sin él hasta la Resurrección. Pero, en esta vida, alma y cuerpo son dos partes interdependientes de un único ser humano completo -una persona-; por eso, el alma sólo puede operar a través del cuerpo.

Toda alma humana, en cuanto salida de las manos creadoras de Dios, es perfecta en su género; ahora bien, puede verse disminuida y limitada por un cuerpo imperfecto. Imperfecciones que pueden ser heredadas o proceder de un accidente o de una enfermedad y deberse a lesiones cerebrales, deficiencias glandulares u otras causas que dificultan las ope-



raciones del alma. Lo cierto es que los locos, los psicópatas y los retrasados mentales tienen alma como todo el mundo, aunque su mente no funcione bien. Su alma sigue siendo perfecta en su género, pero tendrá que esperar hasta la resurrección de los muertos para que, ya en la eternidad, pueda ejercer plenamente sus facultades intelectuales y volitivas, obstaculizadas en esta vida por un cuerpo imperfecto.

## Capítulo III

## INMORTAL Y LIBRE

## 1

¿Has comprobado alguna vez lo que puedes ver de tu propio cuerpo sin ayuda de un espejo? Yo he observado que sólo puedo verme por delante y por los lados, desde los hombros hacia abajo; si me retuerzo un poco, puedo ver también la parte de atrás de los pies y las pantorrillas; los labios también puedo verlos, adelantándolos un poco, y parte de la nariz, cerrando un ojo. Lo que no puedo ver en absoluto es mi cabeza, mi cara y mi espalda.

La causa de todo esto es que mi cuerpo se compone de elementos materiales, que está hecho de partes distintas unas de otras. No puedo dar un paso adelante y luego dar media vuelta para contemplarme a mí mismo. La parte de mi cuerpo que observa o mira estará siempre separada de la contemplada. Dicho de otra manera: nada material puede replegarse sobre sí mismo; no se puede plegar una

cuartilla de tal forma que la parte plegada cubra *toda* la cuartilla.

Todo esto es tan obvio que parece estúpido. Sin embargo, nos dice claramente que nuestra alma *no* es una sustancia material porque el alma es *capaz* de hacer lo que no puede hacer el cuerpo. Puede, en efecto, replegarse sobre ella misma, es decir, *reflexionar*, como dicen los filósofos. Yo soy capaz de conocer algo, dar un paso adelante y examinar lo conocido. Yo puedo pensar y, al realizar ese acto, mi mente puede analizar el proceso de raciocinio. Puedo escoger el hacer esto en lugar de aquello, y, al mismo tiempo que escojo, puedo examinar los motivos. Puedo amar y, simultáneamente, sopesar y valorar mi amor mientras amo.

Esta capacidad de auto-conciencia que tenemos -la posibilidad de *conocer* y, al mismo tiempo, de *conocer que conocemos*- prueba que el alma no es una sustancia material, porque sería absolutamente incapaz de volverse sobre sí misma -de reflexionar- si estuviera hecha de partes, como toda sustancia material.

Ahora bien, si no es una sustancia material, ¿qué es?... Pues no puede ser otra cosa que una sustancia de otra clase, que los filósofos llaman *simple*, es decir, carente de partes, de tamaño, de cantidad. Una sustancia, en suma, *espiritual*. Dios es una sustancia de esa clase. Por eso es Espíritu, un Espíritu perfecto e infinito. Los ángeles también son sustancias

espirituales, espíritus puros, aunque no perfectos ni infinitos. Finalmente, el alma humana -nuestro principio de vida, amor y pensamiento- también es una sustancia espiritual, un espíritu.

Otra prueba de que el alma humana es espiritual la tenemos en el hecho de que sea capaz de tener pensamientos abstractos. Hay un principio filosófico que dice que ningún efecto puede ser mayor que su causa. Las aguas de un río no pueden correr cuesta arriba, ni un mosquito parir un elefante. Aplicando esto al caso del alma, tenemos que, si la mente humana es capaz de producir ideas inmatrimales, es porque el alma es inmaterial; es decir, un espíritu.

Si el alma humana fuese una sustancia *material*, sólo podríamos tener pensamientos materiales; es decir, sólo tendríamos un *conocimiento sensitivo*. Sabríamos que tal objeto es blanco y tal otro negro, pero no tendríamos idea de la *blancura* y de la *negrura* en abstracto, ni podríamos especular sobre los efectos de los colores sobre las emociones humanas, como hacen los psicólogos. También podríamos saber que tal persona nos atrae y tal otra nos repele, pero de ello nunca podríamos deducir conceptos generales de bondad y maldad ni teorizar sobre el amor y el odio.

Si todo esto resulta posible es porque el alma puede elevarse por encima del conocimiento sensible y tener pensamientos inmatrimales, *espirituales*, ya que el alma es ella

misma un espíritu y puede causar un efecto proporcionado.

Ahora bien, siendo como es un espíritu, tiene que ser inmortal, ya que, por definición, un espíritu es una sustancia *simple*, que carece de partes y no ocupa lugar en el espacio (no es que una parte de mi alma esté en mi cabeza, otra en mis manos y otra en mis pies, sino que *toda* mi alma está en *cada* parte de mi ser, como *todo* Dios está en cada parte del universo).

Siendo el alma una sustancia simple, ajena a las limitaciones de la materia, es evidente que no hay nada en ella que pueda descomponerse, destruirse o dejar de ser. La muerte es la separación de las partes componentes de un organismo vivo, pero, en el caso del alma, no hay partes que puedan separarse. Dios nos ha revelado que el alma humana es inmortal, pero, incluso prescindiendo de la revelación, se puede llegar a comprenderlo haciendo uso de la razón.

No es del todo correcto oponer el hombre al animal, porque el hombre es también un animal, un animal *racional*. Ahora bien, para aclarar las cosas, es preferible reservar el uso de la palabra *animal* para designar los seres vivientes que ocupan el nivel inmediatamente inferior al hombre en la escala de la vida. So-

bre esta base, podemos proseguir comparando el alma espiritual que Dios ha dado al hombre con el alma de los animales. Gracias a ella, el hombre posee dos potencias o facultades que no tienen los animales: la inteligencia y la voluntad; es decir, la capacidad de actuar conscientemente, guiado por la razón, y de escoger libremente, gracias a la voluntad. El animal, sin embargo, no actúa consciente y libremente, sino guiado por el instinto ciego.

Cuando un joven matrimonio decide construirse una casita, se sienta a discutir cómo será, el dinero que gastarán, las habitaciones que tendrá... Sin embargo, los topos, las golondrinas o las abejas no se reúnen a discutir cómo construirán su madriguera, su nido o su panal; los hacen siempre igual, siguiendo un modelo de conducta invariable a través de los siglos, que el Creador ha impreso en su naturaleza.

Así como el animal no es *capaz* de «razonar» o «pensar» en el sentido estricto de la palabra, tampoco puede escoger libremente. Sus acciones se ven motivadas por el principio de buscar el placer y evitar el dolor, a un nivel puramente sensorial. Para un animal, no existen los conceptos de lo bueno y lo malo. El mastín que se arroja a la garganta de un intruso, se siente tan «virtuoso» como el perrito pequinés que se limita a traer el periódico a su amo. Uno y otro han sido pacientemente entrenados, mediante un sistema de recompensas y castigos, para hacer una cosa u otra. Hay

animales que, convenientemente entrenados, pueden hacer cosas asombrosas, pero es el instinto, no la inteligencia, ni la voluntad, lo que les lleva a hacerlas.

Actualmente, hay personas que, como antiguamente ciertos paganos, niegan que la voluntad humana sea libre. Para escapar a las implicaciones que supone reconocer la existencia de un alma espiritual, aseguran que un acto de la voluntad no es más que una respuesta a las emociones, los instintos o los hábitos; es decir, una reacción a estímulos puramente materiales, en la que no hay libertad; se haga lo que se haga, se trata de un acto *necesario*, dadas unas determinadas premisas.

Otros, aun admitiendo que el hombre puede elegir, niegan que su elección sea *libre*. Según ellos, la voluntad se ve forzada a escoger aquello que más le atrae, como una balanza que se inclina hacia el platillo que más pesa. En cuanto el intelecto presenta a la voluntad el mayor bien, ésta lo escoge necesariamente.

Lo curioso es que quienes sostienen estas teorías e incluso las enseñan en sus libros o en sus cátedras no se resignan a que los demás conculquen sus derechos. Si un *determinista* -que así se llaman quienes piensan de esa manera- se ve despojado de su cartera, no se limita a pensar que el pobre ladrón obró así *necesariamente* impelido por un estímulo irresistible, sino que llama a la policía y exige su

castigo -y, por supuesto, *la* devolución de la cartera-.

Que la voluntad humana es libre no se puede probar metiéndola en un tubo de ensayo o sometiéndola a otros experimentos científicos; sólo se puede probar que lo es en el laboratorio de nuestra propia alma. Cualquier hombre puede examinarse, *comprobar* que es *capaz* de escoger libremente y *comprender* que es responsable de lo que hace. Hay veces, sí, en que obramos pensando lo que hacemos, somos conscientes de que actuamos libremente, de que hubiésemos podido obrar de otra manera. Verdad es que la voluntad se mueve impulsada por los motivos que le presenta el intelecto y que sólo se mueve si considera que esos motivos son buenos. Sin embargo, es la voluntad libre la que dirige al intelecto en el examen de esos motivos y hace que los acepte o los rechace. Es la voluntad la que le dice al intelecto: «Detente; ésas son las consideraciones que me atraen; olvídate de las demás».

Todos somos conscientes -aunque a veces nos avergoncemos de ello- de que solemos interrumpir al intelecto en el curso de sus pensamientos porque *no queremos* escuchar sus razones, ya que nos apartan del logro de nuestros deseos. Sería muy fácil pensar que pecamos porque «no tenemos más remedio», pero sabemos perfectamente que no es así.



## Capítulo IV

## ¿ES NECESARIA LA RELIGIÓN?

## 1

Si yo hago un reloj, tengo derecho a esperar que mida el tiempo, porque lo he hecho para eso. Si fabrico una bombilla, será para que dé luz, porque la he fabricado con ese objetivo. De la misma manera, Dios tiene derecho a esperar que el universo que Él ha creado cumpla la misión para la cual lo creó. De hecho, espera que *cada una de las partes* del universo cumpla el fin que Él le marcó.

Respecto a las criaturas inferiores al hombre, a Dios le bastó con asegurarse de que harían lo que Él deseaba que hiciesen. Para los minerales, los vegetales y los animales, estableció las llamadas «leyes físicas», que hacen que las cosas se comporten siempre de acuerdo con su naturaleza: el árbol como árbol, el pez como pez, la piedra como piedra.

Para los seres no vivientes, existen leyes tales como la de la gravedad, las leyes de la energía, las que gobiernan la luz, el calor o el

sonido, y otras muchas leyes físicas necesarias, que la materia tiene que obedecer siempre. Para los seres vivos -animales y plantas- existen, además, otras leyes como las que dirigen su crecimiento y reproducción; los animales cuentan también con la ley del instinto, por la que hacen lo que deben hacer sin razonar ni escoger.

El hombre, sin embargo, está gobernado de manera distinta. Al dotarnos de inteligencia y voluntad, Dios no quiso destruir nuestra libertad imponiéndonos unas leyes que no nos permitiesen escoger, que nos forzasen *físicamente* a actuar siempre como Dios quiere y como corresponde a nuestra humanidad. Verdad es que nuestro cuerpo está sometido a las leyes físicas como los demás (caemos a tierra por la ley de la gravedad, nuestros ojos y nuestros oídos están sometidos a las leyes del sonido y de la luz, las células del crecimiento y la reproducción se rigen por las mismas leyes que los demás organismos vivos), pero, en cuanto hombres, en nuestra actividad específicamente humana, como criaturas dotadas de inteligencia y voluntad, estamos gobernados por una ley diferente.

Se trata de una ley que respeta nuestra libertad, aunque de alguna manera nos obliga. Dios nos pide -como exige al resto de la Creación- que actuemos de acuerdo con nuestra naturaleza, es decir, como seres compuestos de un cuerpo material y un alma espiritual. Por eso, la obligación que tal ley nos impone

no es física, sino *moral*. *Estamos obligados moralmente* a hacer lo que debernos hacer, pero, *físicamente*, somos libres de hacerlo o no.

Supongamos que me enfrento ante la alternativa de robar o no robar. La razón me dice que, para responder a lo que exige de mí la naturaleza humana, debo respetar la propiedad ajena. El hombre es un *ser social* destinado a vivir en compañía de otros hombres, va que, de alguna forma, todos dependemos unos de otros. No somos individuos aislados, formamos parte de una comunidad. Robar mina las bases mismas de la vida en común, por lo que el robo contraría mi naturaleza como ser humano. Se opone al fin para el que Dios me hizo, lo cual me dice que, incluso dejando aparte lo que enseña mi religión, ríodo debo robar, porque es malo.

Tal vez ahora veamos más claro que «lo que está bien» y «lo que está mal» no es algo arbitrario, una especie de capricho divino. El «bien» y el «mal» son realidades enraizadas i-n mi naturaleza. Un acto será bueno y otro malo en la medida en que responda o no al fin para el que Dios me hizo, como un reloj es bueno si mide correctamente el tiempo y una bombilla si da luz. Lo cual quiere decir que la libertad, rectamente entendida, no consiste en escoger a capricho entre lo bueno y lo malo, sino en escoger el mayor bien entre varios posibles. Ni qué decir tiene que, puesto que somos libres, podemos escoger el mal, pero, al

obrar así, no hacemos uso de la libertad que Dios nos ha dado, sino que *abusamos* de ella. La responsabilidad que, en consecuencia, tenemos ante Dios—una responsabilidad que brota de la misma naturaleza humana—está regulada por la Ley Natural. Cualquier hombre en su sano juicio, que no esté cegado por la pasión o los prejuicios, *sabe* perfectamente que hay cosas que están bien y otras que están mal. La razón, incluso sin la ayuda de la religión, le dirá que se debe respetar la propiedad ajena, honrar a los padres y adorar a Dios. Preceptos todos incluidos en la llamada Ley Natural.

«¡Yo sólo quiero que se me haga justicia!» Es lo que invariablemente dice quien presenta una demanda judicial o una denuncia ante la policía. Quiere que se respeten sus derechos o que se le restablezcan.

Pues bien, Dios también reclama sus derechos, quiere que se le haga justicia. Él fue quien hizo el universo (incluido el género humano) para que manifestara su gloria. Verdad es que, como dice el catecismo, «Dios nos hizo para que seamos felices con Él en el cielo», pero ésta es solamente la manera humana de ver las cosas, porque no seremos felices -no podemos serlo- si no cumplimos nuestros deberes para con Dios. Sólo reali-

zando el fin para el que nos hizo, sólo contribuyendo a la gloria de Dios como seres libres, podremos serlo.

Todas las demás criaturas del universo -los astros y los planetas, las aguas y los vientos, los minerales, los animales y las plantas- manifiestan la gloria de Dios *necesariamente*. Sólo el hombre puede ofrecer a Dios la mayor de las alabanzas, porque, al ser libre, la ofrece *voluntariamente*.

Incluso sin que Dios nos hubiera hablado, sabríamos que debemos dar a cada cual lo que les es debido, ya que la misma Ley Natural nos ordena practicar la virtud de la justicia. Pues bien, es precisamente esta virtud la que está en la raíz misma de la religión. Es propio de la naturaleza humana honrar lo noble, amar lo bueno, obedecer a la autoridad, agradecer los favores recibidos. Por eso, *debemos* honrar a Dios por ser infinitamente perfecto, amarle porque es infinitamente bueno, obedecerle porque fue Él quien nos hizo y le pertenecemos, darle gracias porque de Él procede todo lo bueno que tenemos. Lo cual no es más que una manera descriptiva de decir que debemos *adorarle*, que debemos ser religiosos.

Aunque Dios mismo no hubiera venido a la Tierra ni se hubiese hecho hombre en la persona de Jesucristo para mostrarnos cómo es; aunque nunca hubiese enviado a sus profetas ni hubiese inspirado las palabras de la Biblia; aunque hubiese guardado silencio sobre Sí

mismo, el hombre habría tenido que adorarle, que tener una religión.

La religión -la adoración debida a Dios- forma parte de la Ley Natural. Que es una obligación que la razón humana asume incluso sin ninguna revelación divina, lo prueba el *hecho religioso*, la realidad -testificada por los antropólogos- de que todos los pueblos primitivos tuvieron una religión. Esos científicos, dedicados al estudio del comportamiento de los seres humanos, de sus usos y costumbres, no han descubierto ningún pueblo, raza o nación que no practicase alguna forma de religión. La única excepción digna de tenerse en cuenta ha sido la de algunas tribus salvajes tan degeneradas que carecían de dignidad humana, rebajadas como estaban al nivel de las bestias. Esto -dicho sea de paso- responde eficazmente a los modernos paganos, que piensan que la religión es una invención humana, un escalón en la evolución, una forma que el hombre primitivo tuvo de enfrentarse a una situación de inseguridad. ¿Cómo explicar entonces que sean los pueblos menos evolucionados -o los más retrasados- los que carezcan de religión o muestren un sentido religioso menos desarrollado?

Verdad es que pueblos antiguos que desarrollaron una civilización avanzada, como los griegos o los romanos, cayeron en errores religiosos de consideración, pero esto se explica mediante el pecado original, que oscureció y debilitó la inteligencia humana. Eso hizo que

los dioses se multiplicaran y a veces se identificaran con determinadas fuerzas de la naturaleza, como el Sol, la Luna, la lluvia o el rayo. Ahora bien, hasta en las formas de religión más idolátricas se conservó la creencia, más o menos vaga, en una deidad suprema, testimonio de la existencia de una Ley Natural que trataba de abrirse paso entre las brumas del intelecto.

Todo lo dicho se refiere a la llamada «Religión Natural», a lo que el hombre es *capaz* de descubrir con su sola razón, sin la ayuda de Dios. Precisamente porque la caída de Adán y de Eva provocó que el hombre fuese incapaz de descubrir la verdad -con excepción de algunas mentes privilegiadas, como las de Platón y Aristóteles-, Dios hizo su entrada en la escena. Para evitar que nos hundiéramos más y más en el error, nos hizo conocer, por revelación, no sólo verdades que podíamos llegar a conocer por nosotros mismos -como su eternidad e infinita perfección-, sino también muchas otras que nunca hubiésemos podido descubrir, como la existencia de tres Personas en Dios o nuestro destino eterno. Éstas y otras verdades reveladas directamente por Dios son las que constituyen lo que llamamos «Religión Sobrenatural».

## Capítulo V

## LOS COMIENZOS DE LA RELIGIÓN

## 1

El hombre y la religión empezaron a existir al mismo tiempo. El primer hombre estaba dotado de la facultad de pensar, que es lo que distingue al hombre de los animales. Aunque descendiese de un mono, los que precedieron al primer hombre no fueron seres humanos, por mucho que se les pareciesen. Porque el hombre no se convirtió en hombre hasta que Dios le infundió un alma espiritual, y, con ella, la capacidad de pensar. Por eso decimos que el hombre y la religión empezaron a existir al mismo tiempo, ya que ésta comenzó en el mismo instante en que esa maravillosa criatura que llamamos hombre empezó a ejercer su capacidad de raciocinio. Fue entonces cuando, deduciéndolo de cuanto veía y observaba en torno suyo, supo con certeza que existía un Ser infinitamente perfecto al que debía obedecer y rendir homenaje. Así empezó la religión.



Pero esto no fue todo. De hecho, el primer hombre y la primera mujer tuvieron otro conocimiento más profundo y directo de Dios que el que les suministraba la razón. Tomando la Biblia como un simple documento histórico y sin apelar a su carácter de libro inspirado, sabemos que Dios se reveló personalmente a nuestros primeros padres, que les dio a conocer su existencia y les manifestó cuáles eran sus deberes hacia Él.

El testimonio de la Biblia en este punto está respaldado por la historia. El pasado remoto de la raza humana, pacientemente investigado por varias generaciones de historiadores, arqueólogos y etnólogos, muestra que entre los pueblos más antiguos era común la creencia en un *solo Dios*. Sólo más tarde esa creencia fue degenerando en politeísmo. Se trata de un hecho probado entre los primitivos pueblos de Grecia, Roma, Egipto, Asiría y Babilonia, por mencionar sólo algunas de las más conocidas civilizaciones antiguas. Sus escritos, inscripciones y estelas muestran, en efecto, que, al principio, adoraban a un único Ser supremo y que, sólo después, sus mentes, oscurecidas por el pecado original como sabemos, empezaron a pensar en la existencia de varios dioses.

A pesar de todo, los modernos paganos, en su empeño por negar a Dios y prescindir de las responsabilidades que entraña creer en Él, dicen todo lo contrario, aunque para ello tengan que deformar los datos y prostituir la ra-

zón. Así, formulan fantásticas teorías respecto a los orígenes de la religión, asegurando que el hombre empezó adorando las fuerzas de la naturaleza (fetichismo), luego continuó dando culto a dioses humanizados (politeísmo) y, finalmente, adorando a un solo Dios (monoteísmo). Eso es, al menos, lo que se enseña en numerosas universidades laicas. (¡Que Dios ampare a sus alumnos!)

He aquí una cita tomada de «La Historia del Mundo», conocida obra del historiador Rene Sedillot:

«Las primeras conquistas del hombre en la noche oscura de su remoto pasado fueron aquellas que, más que ninguna otra cosa, empezaron a distinguirlo de las bestias:... el lenguaje, el fuego y la religión. No cabe duda de que la humanidad, en sus orígenes, desconocía el uso de la palabra, no sabía cómo encender un fuego e ignoraba la existencia de los dioses. Sin embargo, pronto debió tomar conciencia de estas tres cosas. *No se ha descubierto ninguna cultura prehistórica que no evidencie que sus miembros ya poseían esos tres conocimientos.*»

He omitido un pasaje irrelevante y he subrayado la última frase porque contradice todo lo dicho anteriormente y prueba que el autor adopta su teoría a pesar de los hechos. Todo lo cual pone de manifiesto que dar una explicación materialista del origen de la religión constituye una especie de obsesión para él.

Luego, tras cortar la hierba bajo sus pies, continúa diciendo: «La religión pronto se apoderó del corazón del hombre, sin abandonarle jamás... Los hombres primitivos fueron presa del pánico que les inspiraban las fuerzas de la naturaleza y los animales salvajes... El terror pronto se convirtió en adoración... Los ritos religiosos surgieron de la adoración a los animales, de los fenómenos de crecimiento, de lo incomprensible... Transcurrido algún tiempo, pasaron a invocar a sus antepasados para que acudieran en su ayuda y los protegieran de sus enemigos... Con el paso de los siglos, el fetichismo engendró el politeísmo, éste el monoteísmo, y el monoteísmo, finalmente, trajo la religión. Con todo, el hombre, consciente de su impotencia ante lo desconocido, no ha renunciado todavía del todo a la superstición».

Si esto no es hablar por hablar, recubriéndolo todo con un manto de autoridad, que venga Dios y lo vea.

A nadie le gusta que le molesten o le inquieten, que rompan sus hábitos o le encarguen una tarea ingrata. Instalado en su hogar tras una dura jornada de trabajo, el marido dirá a su mujer: «¿Por qué tenemos que ir *ahora* a visitar a los Pérez? ¿No habría forma de disculparse?». Y la mujer, al marido, des-

pues de terminar la colada: «Tendría que ir al mercado a comprar algo para cenar, pero me arreglaré con las sobras de la comida».

Estos ejemplos, tan familiares y pedestres, muestran por qué el hombre necesitaba algo más que una mera religión *natural*. Verdad es que, con el ejercicio de su sola razón, el hombre podía -en teoría- conocer la existencia de Dios, cuál era Su naturaleza y cuáles sus propios deberes hacia Él, pero también es verdad que, en la práctica, eso exigía un esfuerzo intelectual que, a menudo, no estaba dispuesto a hacer.

No es difícil reconocer que Dios existe. A menos que queramos engañarnos a nosotros mismos y tapar nuestros ojos y oídos, el universo entero nos dirá que alguien lo hizo, que alguien tuvo que hacerlo todo y hacerme a mí. Empezando por ahí, se puede avanzar paso a paso hasta descubrir la auténtica naturaleza de Dios. Ahora bien, el trabajo no es fácil. Exige una mente despierta, una manera recta de pensar, un profundo amor a la verdad.

Incluso prescindiendo de la debilidad que introdujo en nuestro intelecto el pecado original, pocos habrían sido los hombres capaces de realizar ese esfuerzo. Además, muchos de ellos habrían renunciado a proseguir esforzándose al comprobar que sus conclusiones se oponían a sus egoísmos, a sus pasiones o a su bienestar.

San Pablo lo expresa claramente en un pasaje de su Carta a los Romanos: «Porque lo in-

visible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de Sus obras: su poder eterno y su divinidad; de forma que (los paganos) no tienen excusa, porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien, se ofuscaron en vanos razonamientos y su insensato corazón se entenebreció» (1, 20-21).

Ésta es la razón por la que Dios dio un paso adelante y nos tendió la mano. Era preciso que lo hiciera para que pudiéramos alcanzar el fin para el que nos había creado: su propia gloria y nuestra felicidad. Dicho de otra manera: Necesitábamos que Dios mismo nos manifestara, clara y directamente, las cosas que debíamos conocer y que era útil que conociéramos para hacer su Voluntad y lograr la unión eterna con Él en el Cielo.

Nada se opone a que Dios nos hable, si quiere hacerlo. Así como un hombre sabio no se rebaja en absoluto porque decida instruir a un ignorante chiquillo, Dios no se humilla ni pierde su dignidad porque instruya a sus criaturas.

Pues bien, nosotros creemos que nos ha instruido, que «ha descorrido el velo» que nos separaba de Él. Eso significa el verbo latino *revelare* y el español *revelar*. *Revelación* es, pues, descubrir algo, y, en el caso de Dios, darnos a conocer una serie de verdades sobre Él.

Un amigo o un maestro pueden también darnos a conocer algo que no conocíamos y, en ese sentido, hacernos una revelación, pero

esa revelación será simplemente *humana*. Si nos la hace Dios, será una revelación *divina*, y si nos da a conocer algo que la razón humana nunca hubiese podido descubrir por sí misma, hablamos de *revelación sobrenatural*. Así, por ejemplo, el misterio de la Santísima Trinidad. Dios, sin embargo, no se ha limitado a revelarnos verdades que nunca hubiésemos podido descubrir, sino que nos ha protegido contra la debilidad de nuestra mente y su falibilidad revelándonos una serie de verdades que estaban a nuestro alcance, como su propia existencia, su eternidad, su omnipotencia o su espiritualidad.

Ni qué decir tiene que, aunque Dios nos haya hablado, no podemos comprender todo lo que nos ha dicho ni saber todo sobre Él. Así como no se puede contener toda el agua del mar en una jarra, nuestra mente no puede captar toda la Verdad de Dios, que es infinita. Nuestro conocimiento de Él tiene que ser necesariamente imperfecto, lo cual no quiere decir que sea incorrecto o erróneo. Lo que sabemos de él, lo que somos capaces de comprender no es *toda* la verdad, pero es verdad. Una fotografía de un paisaje siempre será inferior al paisaje, pero no mentirá. Al verlo, lo reconoceremos enseguida, aunque nos demos cuenta de hasta qué punto la realidad es superior a la fotografía. Por eso, ¡cuántas gratas sorpresas tendremos en el cielo, al contemplar cara a cara la infinita realidad de Dios!

## Capítulo VI

## SOPESANDO LA VERDAD

## 1

Una vez, cuando estaba visitando un hospital psiquiátrico, una señora de agradable aspecto se plantó delante de mí y me espetó: «Padre, yo soy Dios y tengo que decirle unas cuantas cosas...». El médico que me acompañaba tiró de mí gentilmente y le dijo a la señora que me enviara una carta contándomelo todo.

El incidente hizo surgir en mí una pregunta que exige contestación. Es ésta: Dando por supuesto que era necesario que Dios nos revelara una serie de cosas, ¿cómo podemos estar seguros de que es Él quien nos las ha revelado? ¿Cómo saber que las cosas que creemos nos las ha dicho Él?

Bastantes personas, a lo largo de la historia, sin estar locas como esa buena señora, han creído que tenían hilo directo con Dios y se han proclamado profetas o mensajeros suyos. Mahoma, por ejemplo, fundador de la re-

ligión musulmana, creyó firmemente que se le había aparecido el Arcángel Gabriel y le había revelado infinidad de cosas. Y en tiempos más recientes, tenemos el caso de Joseph Smith, fundador de la religión mormónica (o de los Santos del Último Día), que aseguraba haber sido instruido por un ángel llamado Moroni... Son dos famosos ejemplos, pero hay muchos más.

Parece lógico, pues, que debe existir alguna forma de asegurarse de que Dios nos ha hablado y de reconocer su voz, porque, si no, tendríamos que caminar medio a ciegas entre una nube de impostores. Dicho de otra manera: ¿Nos ha facilitado Dios una especie de vara de medir, con la cual podamos asegurarnos de que tal doctrina nos la ha revelado Él y tal otra no?

Existe, en efecto, esa «vara de medir». Sólo que, en teología, no recibe un nombre tan familiar y tan prosaico. Son los llamados «*criterios* de la revelación», en griego *critério.*, plural de *criterion*, vocablo que significa «herramienta para juzgar».

Para determinar si una doctrina religiosa ha sido revelada por Dios, se utilizan dos clases de *criterios*. En primer lugar, los *internos*, es decir, las pruebas (o la falta de pruebas) de que la doctrina en cuestión tiene caracteres divinos. ¿Posee la belleza y la nobleza propias de unas enseñanzas procedentes de Dios? ¿Conduce al hombre a una mayor grandeza y bondad? ¿Está en armonía con otras verdades



conocidas reveladas por Dios?... Un experto en obras de arte puede dictaminar, examinando un cuadro, si ha sido pintado o no por el gran pintor al que se atribuye. El experto *analizará* la pintura utilizada, la tesitura de los colores, la calidad del dibujo, etc., etc., para comprobar que las características del conjunto responden a las del artista. De la misma manera, una doctrina religiosa que pretenda tener a Dios por autor debe mostrar, tras un detenido análisis, que es propia de Él. Una doctrina que sea trivial, ridícula, innoble, contradictoria o perjudicial en sus efectos, se mostraría como falsa tras la aplicación de esos *criterios internos*.

Están luego los *criterios externos* (pruebas provenientes de fuera) que son fundamentalmente dos: las *profecías* y los *milagos*. Unos y otros evidencian que Dios ha hablado, que se nos ha manifestado.

Una profecía, en este sentido, es la predicción de un acontecimiento futuro que sólo Dios puede conocer; un acontecimiento futuro que, al depender de la libre voluntad del hombre, no se puede predecir. Podemos «profetizar» que el sol saldrá mañana (a no ser que el mundo acabe esta noche) o que el domingo iremos a Misa, puesto que lo solemos hacer. Ahora bien, sólo mediante una especial inspiración divina pudo Isaías profetizar que el Mesías nacería de una Virgen; Daniel, cuál sería la fecha del nacimiento del Salvador; y Miqueas, el lugar donde había de nacer.

El Antiguo Testamento está lleno de profecías como éstas. Pero la más asombrosa de todas es la que hizo el mismo Jesucristo al predecir la destrucción de Jerusalén. Podemos leerla en el capítulo 24 del Evangelio de San Mateo. Se cumplió a la letra unos cuarenta años después de la muerte de Cristo.

Los *milagros* son, para muchos, una prueba todavía más clara de que Dios ha hablado. Cuando sucede algo que rebasa por completo las fuerzas de la naturaleza, algo que sólo un poder sobrenatural es *capaz de* realizar, tenemos derecho a exclamar: «¡Eso es cosa de Dios!». Pero antes de hablar de los milagros como criterio o «vara de medir» de la Revelación divina, conviene hablar de los Evangelios para mostrar que, hasta para quien no crea que la Biblia encierra la palabra de Dios, son una fuente histórica digna de todo crédito.

Si un amigo me regala un aparato complicado -un proyector de cine, por ejemplo-, lo primero que haré, al desempaquetarlo, será buscar el folleto de instrucciones para su uso. Si alguien me dijera que no lo encontraré, porque no lo lleva, le diría que tiene que llevarlo, que ningún fabricante haría un aparato tan complicado sin publicar un folleto explicativo para los posibles compradores.

De la misma manera, el buscador sincero de la verdad, una vez convencido de que el Creador puede y quiere revelarse a la humanidad y explicar al hombre el significado de la *vida* y sus deberes para con Él, preguntará por si «folleto de instrucciones». «Dios *debe* haber hablado», dirá, «pero ¿dónde y cómo descifrar su mensaje?». Si alguien nos hiciera esa pregunta, nosotros, los católicos, responderíamos: «Dios nos habla a través de la Iglesia». Pero, inmediatamente, nos daríamos cuenta de que hay un fallo en nuestro razonamiento: Hemos pasado del hecho de que Dios ha hablado a afirmar que ha hablado a través de la Iglesia sin cruzar el puente que une a ambos. Ese puente es la Biblia. Por eso, deberíamos decirle al buscador sincero: «Mira, hay un libro que se llama la Biblia. Nosotros, los cristianos, creemos que Dios mismo inspiró a quienes lo redactaron para que escribieran lo que Él quería que quedara escrito, evitando que cometieran equivocaciones. La Biblia se divide en dos partes -continuaríamos diciendo-: el Antiguo Testamento, escrito antes de que Jesucristo naciera, y el Nuevo Testamento, redactado después de su muerte».

Al observar signos de impaciencia en nuestro interlocutor, le diríamos: «¡Espera un minuto! No te estoy pidiendo que creas que la Biblia es un libro inspirado por Dios. Sólo quiero que lo mires como un libro de historia, como *La guerra de las Galias*, de Julio César, o *IM Historia del pueblo judío*, de Flavio Josefo.

Y, para facilitarte las cosas, te ruego que te olvides del Antiguo Testamento y te concentres en los cuatro Evangelios».

Proseguiríamos explicándole que, si los Evangelios son relatos históricos exactos y auténticos, cualquier persona razonable debe aceptar como ciertos los hechos que narran. En consecuencia, si conocemos nuestra religión como es debido, le mostraremos que la credibilidad de una obra histórica depende de que responda afirmativamente a estas tres preguntas:

1<sup>a</sup> ¿Es una obra *íntegra*? ¿Ha llegado hasta nosotros tal y como el autor la escribió, sin cambios ni adiciones?

2<sup>a</sup> ¿Es *auténtica*? ¿Conocía el autor los sucesos que narra?

3<sup>a</sup> ¿Es *germina*? ¿Fue escrita por quien se considera su autor?

El paso siguiente sería mostrarle que los cuatro Evangelios -los cuatro relatos sobre la vida, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan- cumplen estos requisitos.

Tal vez nuestro interlocutor, como la mayoría de la gente, ignore la profunda crítica científica e histórica a que han sido sometidos los cuatro Evangelios. Generación tras generación, los estudiosos de la Biblia -católicos, protestantes y agnósticos- han «peinado» y escrutado las Sagradas Escrituras con mayor cuidado que los jueces de un tribunal al reo en un proceso, buscando discrepancias, contra-

dicciones, fraudes y errores. El resultado de tan minuciosa labor ha probado que los cuatro Evangelios, en comparación con otros manuscritos de la época, han llegado hasta nosotros sin ninguna mutilación o cambio sustancial. Las pequeñas diferencias que se aprecian -cambios de letras o del orden de las palabras- son irrelevantes. Diremos, de pasada, que el manuscrito completo más antiguo de los cuatro Evangelios tiene 1.600 años largos de antigüedad y está escrito en griego.

Los «detectives» bíblicos han establecido, además, con un volumen de pruebas que satisfacería al juez más escrupuloso, que los cuatro Evangelios fueron escritos por testigos directos, hombres que narraron cosas que habían visto y oído personalmente. Unos hombres que, por otra parte, no eran unos ilusos predispuestos a creer cualquier cosa. El incrédulo Tomás, tan poco dispuesto a aceptar el hecho de la Resurrección de Cristo, es un ejemplo de la actitud de los Apóstoles. Una y otra vez, el Señor tuvo que reprocharles su «poca fe». No, los Apóstoles no eran unos ilusos ni unos farsantes. Basta con pensar en que todos ellos terminaron dando su vida como testigos de la verdad que proclamaban.

Finalmente, los estudiosos de la Biblia son casi unánimes en admitir que los cuatro Evangelios los escribieron Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Algunos dudan de la personalidad de este último, no porque no haya pruebas a

su favor, sino porque no son tan abrumadoras como en el caso de los otros tres.

Así pues, los Evangelios son obras históricas auténticas, sin ningún género de dudas. Aquí sólo hemos podido indicarlo sumariamente, pero si alguien quiere pruebas concretas y detalladas, puede leer algún libro especializado, como «La credibilidad de los Evangelios», de Battifol. Terminará admitiendo que los Evangelios *son* obras íntegras, auténticas y genuinas, con lo cual podremos continuar nuestra línea de razonamientos.

## Capítulo VII

## ¿PUEDE HABER MILAGROS?

## 1

Cualquiera puede proclamarse mensajero de Dios; cualquiera puede asegurar que Dios le ha hablado. Es más, si quien se proclama enviado suyo es un fanático, fácil de palabra y de fuerte personalidad, muchos le creerán. Por eso existen tantas religiones falsas. Quienes no dejarían entrar en casa al empleado de la luz que viene a revisar el contador sin que acredite su personalidad, suelen estar dispuestos a escuchar a cualquier líder religioso sin pedirle que muestre sus credenciales.

Dios, sin embargo, no ha dejado a sus criaturas a merced de cualquier farsante o fanático religioso, porque a sus mensajeros auténticos les ha facilitado unas credenciales inequívocas. Tanto en el caso de Moisés, Elías o Elíseo, en el Antiguo Testamento, como de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho Hombre, en el Nuevo, Dios se preocupó de dotarlos de una tarjeta de identidad que refrendaba su autori-

dad: los milagros. Dios obró por medio de ellos una serie de milagros que probaban que la doctrina que predicaban era Suya (de Dios).

Un milagro es un hecho visible que sólo Dios puede llevar a cabo. Existen, por supuesto, milagros invisibles que se producen en el alma -como los de la gracia-, pero, normalmente, al hablar de milagros, nos estamos refiriendo a cosas que se pueden percibir y *comprobar*: la curación instantánea de un leproso, la transformación del agua en vino, la resurrección de un muerto.

Cuando Dios obra un milagro no está cambiando de parecer o tratando de corregir un error que ha cometido. Él mismo ha establecido las leyes físicas que gobiernan el universo, las planeó desde toda la eternidad, y en esos planes incluyó la posibilidad de que, por razones especiales y en determinadas circunstancias, pudiera dejarlas en suspenso. Dios quiso, por ejemplo, desde toda la eternidad, que su Hijo se encarnase y resucitase a Lázaro. Quien tiene poder para establecer leyes lo tiene igualmente para dispensar de ellas. Sería estúpido negarle a Dios el derecho a dispensar de unas leyes que Él mismo dictó.

También es estúpido decir que no puede haber milagros porque contradicen las leyes de la naturaleza. Dejando aparte el hecho de que Dios es Señor de la naturaleza y puede hacer con ella lo que quiera, los milagros no contradicen las leyes de la naturaleza, sino



que las superan. No son algo antinatural, sino algo por encima de la naturaleza. De hecho, nosotros mismos estamos interfiriendo constantemente las leyes de la naturaleza: sacamos agua de un pozo, hacemos ascender cuerpos más pesados que el aire, evitamos que los cuerpos sólidos se hundan, etc., etc. ¿Acaso tendrá Dios menos derecho que nosotros a neutralizar o dejar en suspenso ciertas leyes de la naturaleza?

Con todo, bastante gente -y gente inteligente- no admite la posibilidad de los milagros. Quizá sea porque hieren el orgullo intelectual del hombre, que quiere entenderlo todo y no admite que haya nada que supere su comprensión. Y también porque admitir que hay y ha habido milagros es tanto como admitir que existe Dios y, en consecuencia, una ley moral.

El famoso doctor Alexis Cairel cuenta que una vez visitó el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes por pura curiosidad. En el tren se interesó por una joven que se estaba muriendo de tuberculosis peritoneal. La examinó, dictaminó que a duras penas llegaría con vida a Lourdes y se prometió a sí mismo que, si la joven se curaba, creería en los milagros y también en Dios. La joven se curó instantáneamente ante los asombrados ojos de Alexis Carrel, quien cuenta igualmente la lucha que se entabló en su interior, cómo sudaba y se revolvía para buscar una explicación natural y poder así romper su promesa.

Hasta que, finalmente, su honestidad le hizo caer de rodillas y formular un acto de fe.

Desgraciadamente, no todo el mundo es tan honesto como el Dr. Carrel. Cuando los enemigos de Cristo le vieron hacer milagros, dijeron que estaba endemoniado. Hoy, los incrédulos no pueden decir eso, porque tampoco creen en el diablo; dicen que los supuestos milagros deben obedecer a determinadas leyes naturales que todavía no conocemos y que, cuando se descubran, quedarán explicados. Lo que no explican es por qué esas «leyes naturales» desconocidas sólo actúan a favor de la causa de la religión.

Los católicos no somos una gente especialmente crédula, y la Iglesia, menos, pues nunca admitirá como milagroso ningún hecho que tenga o pueda tener una explicación natural. Nunca aceptará como milagros curaciones de enfermedades que puedan tener un origen nervioso. Ahora bien, un hueso roto que se suelda instantáneamente, un tumor maligno que desaparece o un muerto que resucita son hechos que sólo una mente prosti-tuida o empecinada puede dejar de considerar milagrosos.

Siempre habrá quien diga que no creerá aunque vea, pero los hombres de buena voluntad, ante la evidencia de un milagro obrado por Dios, reconocerán que Él ha hablado y estarán dispuestos a decir: «Creo».

Supongamos que soy una persona sumamente desconfiada y que alguien llama a la puerta de mi casa y me ruega que le deje pasar porque es periodista y quiere entrevistarme. Lo primero que haré será pedirle que se identifique. Lo hace, pero como nota que no estoy plenamente convencido, me ruega que llame al director del periódico para que me confirme que es uno de los redactores. Le tomo la palabra, le telefono y, no sólo me confirma que es uno de los redactores del periódico, sino... ¡su propio hijo! Ni qué decir tiene que, de no ser un psicópata, eso me tranquiliza. Tal vez no quiera ser entrevistado, a pesar de todo, y le dé con la puerta en las narices, pero, a menos que esté loco, ya no dudaré de que *era* un periodista.

Cristo proclamó, de manera inequívoca, que era Dios: «El Padre y Yo somos uno». No contentos con eso, examinamos sus credenciales y encontramos que en su persona y en sus enseñanzas no hay prueba alguna de que se trate de un impostor, un megalómano o un falsario. Al contrario, todo lo que dijo y todo lo que hizo avalan su afirmación. Sin embargo, no quiso que abrigáramos ni la sombra de una duda. Y así, mediante los milagros que obró, apeló a su Padre para que le respaldara, pues los milagros son algo que sólo Dios puede hacer; y como el Dios de la Verdad

nunca obraría un milagro a petición de un charlatán o un falsario, los milagros auténticos que hizo Cristo prueban inequívocamente que lo que proclamaba era verdad.

Jesús mismo expresó con claridad esta idea cuando, respondiendo a sus enemigos, dijo: «¿Porque he dicho que soy el Hijo de Dios decís «éste blasfema»?... Si yo no llevo a cabo las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las realizo y no queréis creerme, creed en mis obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y Yo en el Padre» (*Jn* 10, 36-38).

Todos nosotros estamos familiarizados con muchos de los milagros que se narran en los cuatro Evangelios (recordemos, de paso, que los estamos considerando sólo como documentos históricos auténticos, no como libros inspirados): la transformación del agua en vino, la multiplicación de los panes y los peces, las curaciones de leprosos, del hombre que tenía una mano seca, del hidrópico, del paralítico, etc., así como la resurrección de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naím y la de *Lázaro*. Los Evangelios nos hablan también de otros muchos y los evangelistas dicen que sólo cuentan algunos de los innumerables milagros que Jesús hizo.

Como no podemos analizarlos todos detalladamente, vamos a escoger uno: la curación del hombre ciego de nacimiento que pedía limosna en la escalinata del Templo. Fue un milagro que irritó especialmente a los fariseos,

porque Jesús lo realizó ante una gran multitud y el ciego en cuestión era muy conocido. Como no podían explicarlo ni ocultarlo, fue uno de los milagros que provocó el que decidieran matar al Maestro.

Se trata de un milagro útil para nuestros fines, porque responde a todas las objeciones que los incrédulos suelen hacer para desacreditar los milagros de Cristo. En primer lugar, se trata de un hombre que había nacido ciego, por lo que su ceguera era orgánica, no producto de una enfermedad física o nerviosa y, por tanto, no curable mediante un tratamiento o un *shock* emocional. De hecho, no hubo tal *shock*, porque el ciego no conocía a Jesús ni estaba predispuesto a ser curado. El Señor se limitó a detenerse ante él al verle, a ponerle un poco de barro en los ojos y a decirle que fuese a lavárselos en la piscina de Siloé (probablemente, al hacerlo quiso llamar la atención de la gente). Hasta cuando supo quién le había curado, su respuesta a quienes se lo preguntaban fue vaga e incluso displicente: «Un tal Jesús»... Así pues, está claro que no fue una de esas curaciones «por la fe», que suelen ser las más corrientes.

Tampoco puede hablarse aquí de que los que contemplaron el milagro se engañaran, porque fueron muchos los que testificaron el hecho. Sería absurdo hablar de «ilusión colectiva», ya que los principales de esos testigos eran enemigos declarados de Cristo que no estaban dispuestos a que les engañase. A pesar

de su odio, ninguno negó el milagro. Sólo se atrevieron, en su irritación, a acusar a Cristo de obrar un milagro en Sábado, día de descanso.

El apasionante relato de este milagro puede leerse en el capítulo noveno del Evangelio de San Juan. Pero más apasionante aún y más grande que este milagro o que cualquier otro realizado por Jesús (y la prueba irrefutable de que era Dios) fue su propia Resurrección. Antes de hablar de él conviene considerar lo que Cristo dijo de Sí mismo.

## Capítulo VIII

## DIJO QUE ERA DIOS

## 1

Es un pecado fomentar dudas concernientes a nuestra Fe, buscar deliberadamente fallos en las verdades de nuestra religión. La ofensa a Dios, en tales casos, es mucho mayor que la que un hombre hace a su mujer -o la mujer al marido- cuando, sin ningún motivo, se empeña en sospechar que es infiel. Sin embargo, no es nada pecaminoso tratar de conocer y de comprender las pruebas racionales que apoyan nuestra Fe.

La Fe es un don, una gracia de Dios, pero eso no quiere decir que no sea razonable, que no esté enraizada en la razón. Dios nos ha dotado de inteligencia y espera que hagamos uso de ella. Quiere que creamos en Él y en lo que nos dice, pero también quiere que sepamos *por qué*.

Al llegar a este punto, quizá sea conveniente que recordemos los pasos que hemos ido dando para demostrar la razonabilidad

de nuestra Fe. Como quien construye su propia casa, hemos empezado por abajo, poniendo primero los cimientos, piedra a piedra. Del examen del universo que nos rodea hemos deducido que Dios existe, que es un Espíritu puro, Infinito y Eterno. Hemos demostrado que los hombres tenemos un alma espiritual e inmortal y que la ley natural exige que, como criaturas racionales y libres que somos, rindamos al Creador la honra y la obediencia que hemos descrito como deberes de religión. Hemos visto también que, a causa de la debilidad del intelecto humano, su proclividad hacia el error y la incapacidad de hecho que muchos hombres tienen para alcanzar un conocimiento claro de Dios, era necesario que Él mismo nos dijera cómo es en realidad. Tras poner de manifiesto que necesitábamos que Dios nos protegiera de posibles fraudes haciéndonos saber con claridad que es Él quien en realidad nos habla, hemos mostrado que los milagros constituyen una garantía de tal hecho, ya que sólo Dios puede hacerlos, dado su infinito poder. Hemos examinado igualmente el libro que dice recoger las verdades que Dios ha revelado -la Biblia-, y nos hemos asegurado de que es un libro auténtico desde el punto de vista histórico. Todavía no hemos dicho que sea un libro inspirado por Dios, que sea «Palabra de Dios», ya que eso es lo que queremos probar ahora.

Así pues, convencidos de la autenticidad de la Biblia y de que los milagros son posibles



y de hecho se han producido, el siguiente paso a dar es preguntarse: «¿Nos habla Dios a través de la Biblia y, en especial, de los cuatro Evangelios?». Lo cual es tanto como preguntar: «¿Jesucristo es realmente Dios?». Pues son las palabras y los hechos de Cristo lo que los Evangelios narran.

Lo primero que hay que decir es que, en efecto, Jesús *proclamó* claramente que era Dios.

Algunas personas, actualmente, tratan de rebajar nuestra fe en Él poniendo en duda o negando su divinidad. Dicen que Cristo fue un hombre excepcional, un santo, un elegido, pero no verdadero Dios. Los que así se expresan incurren en una flagrante contradicción, porque Jesús se proclamó Dios con tanta claridad que, si no lo era, tenía que estar loco o ser un impostor. Nadie es «sabio y bueno» si se atribuye falsamente la divinidad.

Así pues, toda la Fe cristiana se mantiene o cae por su base según sea la respuesta a la pregunta: «¿Jesucristo es Dios?».

Una y otra vez, en los Evangelios, Jesús mismo dice que sí, que Él *es* Dios. Lo dice con tanta claridad que casi parece innecesario dar citas concretas. Sin embargo, vamos a dar algunas.

San Mateo, en el cap. 26, versículo 63, de su Evangelio, cuenta que, cuando el Sumo Sacerdote le dijo: «Te conjuro por Dios vivo a que me digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios», Jesús respondió: «Tú lo has dicho».

Respuesta que no hizo abrigar ninguna duda a sus acusadores sobre lo que quería decir, ya que le condenaron a muerte por *blasfemo*, es decir, por proclamarse Dios.

En muchas otras ocasiones, Jesús afirmó rotundamente que era una sola cosa con el Padre: «Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da la vida a quien quiere» (*Jn 5, 21*).

«Yo y el Padre somos uno» (*Jn 10, 30*). «Felipe..., el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn 14, 9*). Además, alabó a San Pedro por decir públicamente que era Hijo de Dios (Mí 16, 17). Se proclamó Señor del Sábado (Mí 12, 8), Juez Supremo de vivos y muertos (Mí 25, 31), y perdonó los pecados en su propio nombre, algo que sólo Dios puede hacer (*Me 2, 5*). Para remachar el clavo, se atribuyó a Sí mismo las palabras que Dios empleó para presentarse cuando se apareció a Moisés en la zarza ardiendo (las únicas capaces de definir a Dios). Yahvé le dijo a Moisés: «Yo soy el que soy», y Cristo dijo a sus enemigos: «Antes de que Abraham existiera, Yo soy». Lo cual provocó que le acusaran también de blasfemia y trataran de apedrearle (*Jn 7, 58*).

Así pues, es indudable que Cristo se proclamó Dios. Ahora bien, ¿lo era en efecto o estaba equivocado?

A veces, un psicólogo se lanza a la difícil tarea de psicoanalizar a personajes históricos tales como Napoleón, Alejandro o Julio César y a publicar conclusiones en algún periódico o revista especializada. Sin embargo, por lo que yo sé, ninguno ha tenido la valentía -o la temeridad- de psicoanalizar a Cristo. Tal vez sea por respeto a su figura, o tal vez porque su personalidad es tan sólida y tan equilibrada que psicoanalizarla resulta del todo punto imposible. Lo cierto es que este hecho -el equilibrio absoluto que emana de Jesucristo como persona- es una de las cosas que refuerzan las pruebas de que era Dios.

Todo el que admita la autenticidad de los Evangelios tiene que admitir también que Cristo se proclamó Dios. A la vista de tal actitud, sólo caben tres hipótesis posibles: Una, que mentía; otra, que sufría alucinaciones (es decir, que estaba loco); la tercera, que decía la verdad y, en consecuencia, que era realmente Dios. La vida y las enseñanzas de Jesús descartan las dos primeras hipótesis y nos conducen a concluir que tenía que ser Dios.

En efecto: Ningún embaucador o farsante hubiese podido hacer las cosas tan a la vista del público, como las hizo Cristo durante tres años, sin traicionarse alguna vez. Sobre todo, si se tiene en cuenta que estuvo siempre rodeado de enemigos que trataban de «atraparle» una y otra vez. Es más, cuando, con las

cartas ya boca arriba, los escribas y los fariseos, instigados por sus líderes, decidieron matar a Jesús, la única acusación seria que pudieron hacer contra Él fue decir que se había proclamado Dios.

Fue su inmensa bondad lo que hizo que Cristo provocase un odio atroz en los corazones pervertidos y un amor apasionado en los corazones nobles. Hubo hombres que abandonaron sus hogares, y sus medios de vida para estar cerca de Él, como Pedro y los demás Apóstoles; unos eran humildes pescadores, pero otros, como Mateo, eran hombres acaudalados. Hubo también infinidad de gentes que se desplazaron para oírle predicar y permanecieron jornadas enteras en ayunas para escucharle. La autoridad con que hablaba y la grandeza de su carácter cautivaban. Hasta sus enemigos de entonces -como los de ahora- no tenían más remedio que reconocer que no encontraban nada de que poder acusarle. Un incrédulo del siglo xix, el famoso historiador Willian Lecky, dijo de Él: «Le estaba reservado al Cristo el ofrecer al mundo un carácter ideal que, a lo largo de dieciocho siglos, ha cautivado los corazones de los hombres con un apasionado amor».

No, Cristo no fue un impostor, ni tampoco un psicópata. Un perturbado no hubiese podido expresar las sublimes verdades que proclamó Él (que Dios es Padre, que todos los hombres somos hermanos, que hay que perdonar a los enemigos, apiadarse de los débiles

y los ignorantes, confiar en la Providencia divina...) y, mucho menos, acomodar esas verdades a las mentes de un pueblo sencillo e inculto, expresándolas directamente o mediante parábolas que eran un modelo de enseñanza: «El reino de los cielos es como un hombre que sembró buena simiente en su campo...»; «El reino de los cielos es como un granito de mostaza...»; «Contemplad los pájaros que vuelan: no siembran, ni cosechan...». Y tantas otras comparaciones.

Sus obras, como sus enseñanzas, atestiguan que era una persona extraordinariamente equilibrada. Una y otra vez, Cristo mostró su serenidad y mansedumbre ante quienes le atacaban, le hostigaban o intentaban agredirle. Lo cual no quiere decir que fuera débil; su celo apasionado por la Casa de su Padre le hizo arrojar a los cambistas del Templo a latigazos. Era sumamente bondadoso con los pecadores arrepentidos, con los ciegos y con los leprosos, pero nadie ha defendido con mayor energía la verdad y la justicia ante los hipócritas fariseos y los opresores del pueblo.

Ni qué decir tiene que ninguna de estas cosas prueba que Cristo fuera Dios. Lo que sí garantizan es que no era un impostor, un iluso o un paranoico. Lo cual nos lleva a concluir que -como sus milagros prueban- no mentía cuando dijo que el Padre y Él eran uno, sino que decía la verdad: JESUCRISTO *es* Dios.

## Capítulo IX

## EL MAYOR DE LOS MILAGROS

## 1

«Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana nuestra fe» (1 Co 15, 14). Así resume San Pablo la actitud ante el Cristianismo que es lógico adoptar.

Jesús predijo repetidas veces que resucitaría, por lo que, si realmente resucitó, tenía que ser Dios; si no lo hizo, durante veinte siglos, millones y millones de hombres se han dejado engañar.

En efecto: Cristo no dijo «seré resucitado» o «alguien me resucitará», sino *resucitaré*. No se estaba refiriendo a que un poder distinto al suyo obraría el milagro, sino a que resucitaría por su propio poder; un poder exclusivo de Dios.

Oigamos lo que dijo: «No deis a conocer a nadie esta visión -advirtió a los Apóstoles después de la Transfiguración- hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos» (Mt 17, 9). Más tarde, cuando se

puso en camino hacia Jerusalén, les advirtió: «El Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas..., escarnecido, azotado y crucificado, pero al *tercer día resucitará*» (Mt 20, 18-19).

Sus mismos enemigos fueron testigos de esta profecía. Cuando ya hubo muerto en la Cruz, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos fueron a ver a Pilato y le pidieron que pudiese una guardia de soldados en el sepulcro, porque -dijeron- «nos hemos acordado de que este impostor dijo, cuando estaba vivo: después de tres días resucitaré» (Mt 27, 63).

La prueba de que Cristo realmente resucitó depende de la respuesta que pueda darse a estas dos preguntas: ¿Estaba muerto de verdad cuando lo pusieron en el sepulcro o sólo estaba inconsciente? ¿Fue visto realmente después del tercer día y en los días siguientes o sólo se lo imaginaron los apóstoles y los demás testigos? (No cabe pensar que mintieran deliberadamente, ya que todos murieron mártires como testigos de la resurrección, y ningún mentiroso muere por defender sus mentiras.)

Hay infinidad de testimonios de que Cristo murió realmente. En primer lugar, el de los *soldados* que envió Pilato para que quebraran las piernas de los tres crucificados con objeto de acelerar su muerte; los soldados vieron que ya estaba muerto y no le quebraron las piernas. Luego está el testimonio del *oficial* que los mandaba, quien clavó su lanza en el eos-

tado izquierdo de Cristo con la misma displicencia que un chaval clava su navaja en la corteza de un árbol (Diremos, de paso, que la medicina moderna atestigua que la sangre y el agua que manaron del corazón de Cristo es lo que mana del corazón de un cadáver cuando se traspasa, pues la separación del suero o plasma de los glóbulos rojos es un fenómeno característico de un corazón roto -roto en este caso por la congestión provocada al colgar de la cruz-.) Está también el testimonio de José de Arimatea, que desclavó el cuerpo de Jesús, y de María y sus compañeras, que le ayudaron a enterrarlo. Nunca habrían embalsamado el cuerpo con cien libras de especias aromáticas, nunca le habrían envuelto en vendas y cubierto con un sofocante sudario, nunca habrían sellado la tumba con una gran piedra, si hubiesen abrigado la menor duda de que le quedaba un soplo de vida. Además, si hubiese sido capaz de sobrevivir a los tormentos de la Cruz, a la lanzada del centurión, a la asfixia provocada por las vendas y el sudario y a la atmósfera sofocante del sepulcro -de la cual soy testigo, porque he celebrado allí la Santa Misa-, el milagro hubiese sido todavía mayor que el de la resurrección.

Tenemos, por otra parte, los testimonios de los enemigos más acérrimos de Cristo, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos. Cuando se enteraron de que la tumba estaba vacía, no pensaron que Jesús había recobrado el conocimiento y había huido, ni trataron de



dar esa explicación, porque sabían que nadie les creería. Por eso, sobornaron a los guardias para que dijeran que los apóstoles habían robado el cuerpo mientras ellos dormían.

Para terminar, diremos que el Cristo que se apareció a María Magdalena la mañana de la Resurrección no era un Cristo agonizante o exhausto, como tampoco el que se hizo el encontradizo con los dos discípulos que iban camino de Emaús. Y menos aún el que se presentó por la noche en el Cenáculo y comió con ellos.

Sí, Jesucristo murió de verdad. Ningún juez imparcial lo podría negar. Por eso, la siguiente pregunta es: ¿Resucitó *realmente* o unos discípulos crédulos e ilusos pensaron que le habían visto?

Si creemos realmente que en la otra vida gozaremos de una felicidad inmensa, inimaginable, ¿por qué tememos tanto a la muerte? Si estamos convencidos de que Dios escucha nuestras oraciones, ¿por qué sólo rezamos en casos extremos y dudamos de que nos atienda? La respuesta a estas preguntas es que hay cosas que aceptamos en teoría, pero no en la práctica; que creemos con la cabeza, pero no con el corazón.

Nuestra actitud en estos casos nos permite comprender un poco la obstinada increduli-

dad de los discípulos de Cristo cuando se enfrentaron al hecho de su Resurrección. Jesús les había anunciado una y otra vez que resucitaría al tercer día. Hasta sus enemigos sabían que lo había profetizado, pero lo que era de esperar que sus amigos hubiesen aguardado con confiada expectación que, en efecto, resucitase.

No fue así, en absoluto. Las santas mujeres fueron al sepulcro en cuanto pudieron -al amanecer del domingo- para terminar de embalsamar el cuerpo del Señor. María Magdalena, por su parte, se quedó absolutamente desconcertada al comprobar que la tumba estaba vacía, por lo que pensó que alguien había robado el cuerpo del Maestro; y cuando vio a Jesús a su lado, lo tomó por el hortelano. Pedro y Juan se negaron a creer que había resucitado cuando las santas mujeres se lo dijeron, y corrieron al sepulcro para ver lo que había pasado. Tomás, por su parte, rechazó de plano el testimonio de los demás apóstoles y se negó a creer hasta que metiese sus dedos en los agujeros de los clavos y su mano en la herida del costado. En cuanto a los discípulos que se dirigían a Emaús, estaban tan tristes pensando en que todo había acabado, que no le reconocieron cuando se les acercó. Nada tiene de extraño, pues, que cuando se apareció a los apóstoles les echase en cara «su incredulidad y dureza de corazón, por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos» (*Me* 16, 14).

Ningún juez honesto que interrogue a unos testigos como éstos les acusaría jamás de crédulos, ilusos o propicios a imaginar cosas. Sin embargo, de eso es de lo que les acusan los modernos ateos en sus esfuerzos por negar todo hecho sobrenatural. No están dispuestos a creer, pase lo que pase, y así, se empeñan en asegurar que los apóstoles y los discípulos, convencidos de que Cristo resucitaría, se dejaron llevar por su imaginación y vieron lo que querían ver. Las «supuestas» apariciones de Cristo fueron fruto de su obsesión...

Acabamos de mostrar que fue exactamente al revés. Incluso cuando le vieron con sus propios ojos, siguieron dudando. Por eso, pidió que le dieran algo de comer aquel Domingo de Resurrección. Su cuerpo glorioso no necesitaba alimentarse, pero cuando le vieron comer aquellos peces y aquel panal de miel, se convencieron de que no era un fantasma, ni un espíritu, ni una ilusión, porque los fantasmas no comen, los espíritus no se pueden tocar y ellos tocaron al Señor (*Le 24, 39-43*). Además, si las apariciones sólo hubiesen sido producto de la imaginación de quienes le vieron, no se explica por qué sólo duraron cuarenta días; después, nadie lo volvió a ver. Sin olvidar que las ilusiones colectivas no se producen con esa unanimidad y que no fueron unos cuantos amigos íntimos del Señor a quienes se apareció. San Pablo menciona que

se apareció a unos quinientos en cierta ocasión.

Si estamos dispuestos a creer que el testimonio humano tiene algún valor, hay que reconocer que no existe un hecho histórico probado por más testigos que éste. El empeño que los modernos incrédulos ponen en negarlo es tan hipócrita y tan ridículo como el de los fariseos de aquel tiempo. En su impotencia y desconcierto, sobornaron a los soldados que habían guardado el sepulcro para que dijese que, mientras dormían, los apóstoles habían robado el cuerpo. Debieron de olvidar -o tal vez pensar que nadie se daría cuenta- que unos guardias dormidos no están en condiciones de saber lo que realmente ha sucedido...

Sí, Cristo murió realmente y realmente resucitó. Puesto que Él mismo había profetizado que resucitaría, como prueba última y definitiva de que era Dios, nadie que no quiera seguir estando ciego puede dejar de exclamar, como Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!».

## Capítulo X

## ¿FUNDÓ CRISTO UNA IGLESIA?

## 1

El siguiente paso, tras demostrar que Jesucristo es Dios, es preguntarnos: ¿Terminó todo en el Monte de los Ólivos, con la Ascensión? ¿Vino el Señor a la Tierra para enseñarnos las verdades que Dios quería que conociésemos, murió en la Cruz para redimirnos de nuestros pecados y, con la Resurrección y Ascensión a los Cielos, dio por acabada su misión?

Estas preguntas se responden por sí solas. Si Cristo se hubiese conformado con eso, hoy no nos acordaríamos de Él, y menos aún de las verdades que enseñó. Si no hubiese fundado alguna organización visible para que preservara sus enseñanzas y las transmitiera a las generaciones futuras, Cristo habría vivido y muerto en vano. Sabemos que el amor de Dios alcanza a *todos* los hombres, no sólo a los coetáneos de Jesús. Ahora bien, si no hubiese establecido algún medio para estar

junto a las almas de los que fuesen naciendo hasta el fin de los tiempos, sus enseñanzas y su sacrificio sólo hubiesen aprovechado a aquéllos.

Todo esto es de una lógica aplastante. Y, sin embargo, hay quienes aseguran que creen en Cristo y, al mismo tiempo, dudan de que fundase una Iglesia, e incluso lo niegan. Adolfo Harnack, por ejemplo, uno de los historiadores alemanes de mayor prestigio (1851-1930), lo negaba en su libro *¿Qué es la Religión?*. Harnack sostenía que «el reino de Dios» que Cristo vino a fundar y del cual tanto habló, no quiso que fuera más que «una inclinación religiosa, un vínculo interior del alma con el amor de Dios». Harnack ya murió, pero sigue teniendo bastantes seguidores; todos aquellos que dicen que «la religión es una buena cosa, pero no es preciso pertenecer a una Iglesia para ser cristianos».

Bien. Veamos lo que Cristo dijo al respecto. ¿Quiso establecer y estableció de hecho las bases de una organización en la que estuviesen asociados todos los que creyesen en Él, que tuviera pastores cuyo deber fuese enseñar las verdades enseñadas por Él, que administrase los sacramentos instituidos por Él y que tuviese unas leyes queridas por Él? Así fue, en efecto. No podemos, en un libro como éste, citar todos los pasajes de los Evangelios en los que Cristo habló de Su Iglesia; sólo nos referiremos a aquellos en los que expuso sus planes con toda claridad.

Todo el capítulo décimo del Evangelio de San Mateo está dedicado a describir los primeros pasos que dio el Maestro para la fundación de su Iglesia; cómo escogió a los Doce Apóstoles, las instrucciones que les dio para predicar en Su Nombre, cómo rechazaría Él a quienes les rechazasen a ellos, etc. En otra ocasión, dejó bien claro que Su Iglesia tendría poder para gobernar y administrar justicia: «Y si a la Iglesia desoye (el pecador obstinado), sea para ti como gentil o publicano. En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo» (*Mt* 18, 17-18).

La Iglesia de Cristo es como una red barrendera, que recoge toda clase de peces, buenos y malos (*Mt* 13, 47); en ella cabrán todos los pueblos: «Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (*Mt* 28, 19-20). Durará hasta el fin de los tiempos (*Mt* 13, 49) y será una e indivisa: «Pero no ruego sólo por éstos (los Apóstoles), sino por cuantos crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que tú me enviaste» (*Jn* 18, 20-23).

Jesús no sólo dio a su iglesia autoridad para predicar y gobernar en Su nombre, sino también potestad para administrar los *sacramentos*, a través de los cuales la gracia llegaría a nuestras almas. No sólo para bautizar, como ya hemos visto, sino también para celebrar la Santa Misa y administrar la Sagrada Comunión. «Haced esto en memoria mía», dijo el Señor a los Apóstoles en la Última Cena (*Le* 22, 20). Y tres días más tarde, dio también a los Apóstoles y a sus sucesores la potestad de perdonar los pecados en su nombre: «Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quien se los retuviereis, les serán retenidos» (*Jn*, 20, 23).

Es evidente que en todo esto se perciben claramente las líneas maestras de una organización, de una sociedad visible de creyentes que empieza a tomar forma: la Iglesia.

Una organización que aspire a durar tiene que contar con una cabeza, con un jefe, sobre todo si quiere ser eficaz. Esto es igualmente cierto se trate de una sociedad cultural, recreativa, mercantil, religiosa, civil, o de un Estado o de una Nación. Teniendo en cuenta que Cristo era Dios, era de esperar que fuese tan previsora, por lo menos, como los hombres que organizan esas sociedades. Y como no vino a la Tierra a salvar sólo las almas de sus



coetáneos, sino las de *todos* los hombres, al fundar la organización que había de continuar su labor hasta el fin de los tiempos es lógico que pensara en una jefatura adecuada, es decir, claramente definida, permanente, independiente de las veleidades humanas.

Fue a Pedro a quien Cristo escogió como jefe o cabeza de la Iglesia naciente y también como *pedra* o fundamento de los jefes que habrían de sucederle.

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles muestran claramente que Pedro actuó siempre como Cabeza de la Iglesia y que los demás Apóstoles reconocían su primacía. Siempre que se mencionan sus nombres, el de Pedro encabeza la lista. Cuando alguien tiene que actuar como portavoz del grupo, él toma la palabra. Cuando Jesús escoge algunos de ellos para algo concreto (como en la Transfiguración o en la Oración del Huerto), Pedro siempre está entre ellos.

Fue Jesucristo en persona quien otorgó a Pedro esta primacía; una primacía que no se limitaría a los Apóstoles, sino que se extendería a todo el *Reino de Dios*, nombre con el que le gustaba denominar a su Iglesia. Así cuenta San Mateo, en el capítulo decimosexto de su Evangelio, la promesa que Cristo hizo a Pedro de convertirle en Cabeza de su Iglesia: «Viendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista;

otros, que Elías; otros, que Jeremías u otro de los profetas. Y Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Joña, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos». El Señor le dice a Simón que no ha sido su intuición o su agudeza la que le ha hecho ver la dignidad de Cristo, sino una gracia especial de Dios destinada a prepararle para la enorme responsabilidad que iba a tener. «Y yo te digo -prosiguió Jesús- que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos.»

A partir de ese momento, Simón Bar Joña será conocido como Simón Pedro. Muchos olvidarán hasta su primer nombre -Simón- para convertirle simplemente en Pedro, la Piedra, la Roca. Será para la Iglesia de Cristo lo que son los cimientos para una casa: la sólida base sobre la que la Casa de Dios resistirá todas las tempestades; el principio de unidad que determinará lo que pertenece a la Casa y lo que no pertenece, ya que cualquier estructura que no descansa sobre los cimientos no se puede considerar parte del edificio.

Pero es con la metáfora de las llaves, especialmente, con lo que Jesucristo estableció claramente que Pedro iba a ser el gobernador de su Reino. Desde tiempos remotísimos, las llaves han sido el símbolo del gobierno. El que poseía las llaves de una ciudad o de una fortaleza tenía poder para abrir y cerrar las puertas, para decidir quién podía entrar y quién podía salir; tenía, en suma, el poder supremo. Incluso hoy en día, utilizamos el mismo simbolismo cuando ofrecemos a un huésped ilustre «las llaves de la ciudad».

Tal fue la promesa que hizo Jesús sobre la Jefatura de Su Iglesia. Una promesa que Jesucristo cumpliría después de Su Resurrección.

San Juan relata en el capítulo XXI de su Evangelio cómo Jesús Resucitado se apareció a los Apóstoles, que estaban pescando en el lago de Genesaret, y lo que sucedió después de que hubo compartido con ellos unos peces recién pescados, asados al fuego: «Cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? I ! le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis corderos. Por segunda vez Ir dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me

amas? Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase: ¿Me amas? y le dijo: Señor tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjok Jesús: Apacienta mis ovejas».

Cristo, que después de una especial profesión de fe había prometido a Pedro la jefatura de Su Iglesia, cumple ahora la promesa traí pedirle una triple manifestación de amor. Iba a ser el Pastor Supremo de todo el rebaño de Cristo, corderos y ovejas, es decir, obispos, sacerdotes y pueblo fiel. Iba a representar en \s tierra al mismo Cristo, el Buen Pastor.

Lo que sucedió luego lo conocemos todos: La marcha de Pedro a Roma, la capital de] mundo conocido entonces, donde se convirtic en obispo de la ciudad. Su muerte, martirizado, en tiempos del Emperador Nerón. La elección de San Lino como segundo obispo de Roma, quien, automáticamente, se convirtic en Cabeza de la Iglesia... Porque Cristo estableció Su Iglesia como una sociedad visible con una sola cabeza, por lo que la primacía conferida a Pedro tenía que ser *permanente*, transmisible a sus sucesores hasta el fin de los tiempos.

No hay poder en la tierra que esté autorizado a cambiar la constitución que Cristo quiso dar a Su Iglesia. Y como Pedro murió en Roma siendo obispo de la ciudad, el obispo de Roma será siempre el Pastor Supremo de la Iglesia. Ni los obispos, ni los sacerdotes, ni el pueblo de Dios podrían modificar este hecho, aunque se empeñasen en ello. La ciudad

de Roma puede desaparecer y el obispo de Roma tener que trasladarse a otro lugar, pero, hasta el fin del mundo, el que ostente legítimamente ese título, como sucesor de Pedro, será el Vicario de Cristo en la Tierra\*.

Después de Martín Lutero, los teólogos protestantes se han visto obligados a negar sistemáticamente la suprema jurisdicción del obispo de Roma. Dicen que Cristo sólo quiso otorgar a Pedro una primacía de honor, no de jurisdicción, que no quiso hacerle más que un *primun inter pares* (primero entre iguales).

Dejando aparte que tal explicación contradice las mismas palabras de Cristo, está el testimonio de los escritores cristianos de los primeros tiempos del cristianismo. No, la llamada Supremacía Papal no es un poder que los obispos de Roma se arrogaran ellos mismos. Clemente I, por ejemplo, que fue obispo de Roma cuando todavía vivía el Apóstol San Juan, escribió a los cristianos de Corinto, en Grecia, *ordenándoles* que restablecieran en su sede al obispo que habían destituido. Y San Ireneo, otro escritor cristiano cuyo maestro, San Policarpo, había sido nom-

\*Conviene hacer notar que un hombre no se convierte en obispo de Roma al ser elegido Papa, sino al revés: Se convierte en Papa al ser elegido obispo de Roma. Antiguamente el clero y el pueblo de Roma elegían a su obispo, y, en consecuencia, al papa. Desde el siglo xi, la elección del obispo de Roma pasó a depender del Colegio de Cardenales; pero si por alguna circunstancia extraordinaria o una catástrofe desapareciera el Colegio Cardenalicio, el derecho a elegir al obispo de Roma volvería a recaer en el clero de la diócesis de Roma. (N. del A.)

brado obispo por el Apóstol San Juan, escribió que «con esta Iglesia de Roma, a causa de su superior autoridad, deben estar de acuerdo todas las demás Iglesias, es decir, los fieles de todo el mundo».

Son sólo dos de los muchos testimonios procedentes del pasado remoto que se unen en un solo clamor: «¡Donde está Pedro, allí está la Iglesia!».

## Capítulo XI

## EL DESARROLLO DE LA IGLESIA

## 1

Si hubiésemos estado presentes en el Monte de los Olivos el día de la Ascensión del Señor y hubiésemos oído a Cristo decir a los Apóstoles que fuesen por todo el mundo haciendo discípulos, tal vez habríamos pensado que les estaba pidiendo un imposible, porque aquellos hombres parecían incapaces de «vender la mercancía». ¿Cómo unos rudos pescadores de Galilea, sin cultura y sin ninguna elocuencia, faltos de prendas sociales y de prestigio, iban a ser capaces de volver el mundo del revés?

Porque de eso se trataba: de transformar el mundo. Resulta muy bonito hablar de las sublimes verdades que ha aportado el Cristianismo, pero lo cierto es que esas verdades eran muy *duras*, sobre todo para aquella época, para aquel mundo; un mundo pagano, cruel, codicioso y deshonesto; un mundo que abarcaba todo el sur de Europa, el norte de

África y el oeste de Asia, dominada entonces por el Imperio Romano.

La religión predominante era una amalgama de cultos idolátricos. Los pueblos y naciones que constituían el Imperio adoraban infinidad de dioses, indulgentes, en su mayor parte, con las debilidades humanas. Unas debilidades que los dioses compartían, fuesen o no los dioses del Olimpo. Tan bajo había caído el culto, que la fornicación se practicaba en los templos como un rito religioso.

El sentido de la dignidad del ser humano brillaba por su ausencia; las dos terceras partes de la población del Imperio estaban formadas por esclavos privados de todo derecho y considerados como *cosas* por sus dueños.

La vida no se valoraba apenas. Los padres tenían derecho a disponer de la vida de sus hijos -y de la de los esclavos, por supuesto-.

El matrimonio era un mero trámite, el marido podía repudiar a su esposa echándola de su casa, y las mujeres, en general, eran sirvientas de los hombres o simples instrumentos de placer.

Tal era el mundo que los Apóstoles debían transformar. Frente a la esclavitud tendrían que proclamar la dignidad de todos los seres humanos. Frente al desprecio de la vida y el derecho a disponer de ella, la obligación de respetarla como don de Dios, único dueño de la vida y de la muerte. Frente al divorcio, el repudio, la humillación de la mujer y la lujuria desenfadada, tenían que poner la santidad



del matrimonio, la dignificación de la mujer y la virtud de la pureza. Frente a la arbitrariedad de unas leyes humanas, la inmutabilidad de la justicia divina. Frente a una filosofía de la vida que exigía el ojo por el ojo y propugnaba el placer, el egoísmo y la violencia, tendrían que predicar el amor a los enemigos y el perdón de las injurias.

Históricamente, es un milagro -un auténtico milagro moral- el que los Apóstoles emprendieran esta tarea y tuvieran éxito, a pesar de la obstinada y fiera oposición de las autoridades romanas.

Recorriendo campos y ciudades, los Apóstoles fueron sembrando la Palabra de Dios en cuantos hombres querían escucharles. El fuego del amor divino que abrasaba sus corazones encendía los de los oyentes. Verdad es que Cristo les había dado el poder de hacer milagros en Su nombre, pero no eran ésas sus únicas credenciales, sino también, y muy especialmente, la intensidad de su fe, el ardor de su celo, su indomable perseverancia. A medida que iban pasando de una ciudad a otra, dejaban detrás un sólido núcleo de cristianos bautizados, los cuales se convertían a su vez en apóstoles de sus conciudadanos. Convencidos de que actuaban en nombre de Cristo -de que eran «otros Cristos»-, ampliaban sin cesar el círculo de los creyentes. Reunidos en (orno a sus pastores -los obispos y los presbíteros-, a quienes los Apóstoles habían ordenado antes de partir, celebraban los Misterios

Eucarísticos -la Santa Misa- y crecían constantemente en el conocimiento y el amor a Cristo.

Los emperadores romanos dictaron numerosas leyes condenando la práctica de la religión cristiana. Todo aquel que era acusado de ser cristiano debía hacer un sacrificio a los dioses paganos, si no quería ser castigado con una muerte siempre cruel. Miles y miles de cristianos que no quisieron apostatar fueron quemados, crucificados, desollados o echados a las fieras. Murieron rezando, sonriendo o cantando, seguros de alcanzar la vida eterna tras la muerte física.

La sangre de los mártires se convirtió en semilla de nuevos cristianos. Cuantos más morían, más venían a reemplazarlos. Así, la Iglesia fue creciendo deprisa y los dioses paganos perdiendo su prestigio. Hasta que el año 313 de nuestra era, el Emperador Constantino se bautizó y terminó la persecución oficial en el Imperio. El mundo conocido, en su mayor parte, se había convertido al Cristianismo.

No se ha dado jamás un fenómeno semejante en la historia. Verdad es que el islamismo -la religión mahometana- se extendió también muy rápidamente, pero por la fuerza de las armas. Los pueblos conquistados por los árabes islamizados tuvieron que escoger entre la desaparición o la conversión al islamismo. Escogieron la conversión, porque la fe musulmana ofrecía un código moral de fácil cumplimiento,

sin demasiadas exigencias personales, que prometía, además, toda clase de satisfacciones y placeres sensuales a sus fieles.

El triunfo del Cristianismo fue completamente distinto. Predicado por unos hombres rudos e iletrados en su mayor parte, sometido a una oposición implacable y exigiendo a sus fieles un código estricto de moralidad, su propagación rapidísima es un milagro que sólo la presencia constante de Cristo en su Iglesia es capaz de explicar. Un milagro que prueba que los orígenes del Cristianismo son divinos.

Cuando los Padres Fundadores de la nación americana se reunieron en Filadelfia, el año 1787, para redactar la Constitución de los Estados Unidos, lo que pretendían era establecer una serie de principios básicos capaces de hacer que el país pudiese desarrollarse y expandirse con arreglo a sus necesidades. Washington, Hamilton, Madison y los demás esbozaron los puntos esenciales que habrían de constituir el cuadro de derechos y deberes fundamentales de todos los ciudadanos. Una vez hecho eso, dejaron a las futuras generaciones la tarea de desarrollar y adaptar la estructura del Gobierno de la Nación a las necesidades y exigencias del momento, siempre que ese desarrollo y adaptación no vulnerasen las normas básicas establecidas en la Consti-

tución. Ésta, por ejemplo, no preveía que en 1913 se estableciese un Impuesto Federal o que en 1953 se crease un nuevo Ministerio: La Secretaría de Salud Pública y Bienestar. Lo cual no quiere decir que estas medidas vulnerasen la Constitución.

Algo parecido hizo Cristo cuando constituyó Su Iglesia. Quiso que su gobierno fuera jerárquico, y que recayera en los Apóstoles y en sus sucesores, los Obispos. Quiso también que al frente de ella hubiese un Pastor Supremo, una sola Cabeza, y escogió para ese cargo a Pedro y a sus sucesores, los Papas. Instituyó siete sacramentos, a través de los cuales llegaría Su gracia a las almas de todos los fieles. Confío a Pedro, en primer lugar (al Papa), y a los demás Apóstoles (los Obispos), en comunión con Pedro, el deber y el derecho de predicar Su doctrina e interpretar Sus palabras. Les dio, finalmente, el poder de «atar y desatar», es decir, de dictar las leyes e imponer las sanciones necesarias para el buen gobierno de la Iglesia y de las almas de los fieles.

Una vez hecho esto -una vez establecida la «Constitución» de Su Iglesia-, Jesús dejó a los Apóstoles y a sus sucesores la posibilidad de desarrollar los detalles prácticos de gobierno que mejor se adaptaran a cada época y circunstancias. La Iglesia nunca propondrá a los fieles ninguna doctrina que no esté contenida en las enseñanzas de Cristo, al menos implícitamente; los obispos nunca dejarán de gobernarla; siempre habrá siete sacramentos, ni más

ni menos. Ahora bien, el número de obispos podrá variar, así como la extensión de las diversas diócesis; también podrá modificarse -e incluso desaparecer- el Sacro Colegio de Cardenales -que no instituyó Cristo-, o variar la *manera* de administrar los sacramentos; igualmente, la filosofía de Santo Tomás, que tanto ha enriquecido a la Iglesia e iluminado el pensamiento católico, podrá ser sustituida, desarrollada o mejorada por otra más perfecta o más adaptada a las necesidades de los tiempos.

Merecía la pena hacer estas aclaraciones, porque, a menudo, los ataques al Cristianismo -y, más concretamente, a la Iglesia Católica- se basan en un confucionismo. Dicen algunos que Jesús fue, en efecto, un gran maestro religioso (tal vez superior a Moisés, Confucio o Mahoma) que ofreció a la humanidad un código ético de extraordinaria dignidad y nobleza, pero -añaden- luego vinieron San Juan, y San Pablo, y otros pensadores cristianos que trataron de capitalizar a su favor las sublimes y altruistas enseñanzas de Cristo. Mezclaron su mensaje con la filosofía griega, el derecho romano y la mitología pagana y nos transmitieron el batiburrillo que es hoy el Cristianismo...

Desgraciadamente, estos argumentos «sueñan» bien, por lo que los incautos se los traigan. Son un ejemplo típico de conclusiones falsas extraídas de verdades a medias. Es cierto que los pensadores cristianos de los primeros tiempos expresaron a veces sus ideas en términos tomados de la filosofía griega y

que el derecho romano y el genio administrador de Roma prestaron un gran servicio al desarrollo organizativo de la Iglesia. Lo cual es lógico, pues todo lo que es bueno y válido procede de Dios, aunque se encuentre entremezclado con errores manifiestos. Por eso, la Iglesia nunca ha dejado de utilizar, e incluso de bendecir, todo lo que hay de bueno y auténtico en otras religiones, costumbres o formas de pensamiento. Pero eso no quiere decir que sea *distinta* de la que fundó Cristo.

Los estadistas que fundaron los Estados Unidos de América en 1787 no pudieron imaginar cómo sería hoy esa gran Nación. Sin embargo, la dotaron de una Constitución capaz de adaptarse a las necesidades y exigencias de los tiempos, sin dejar, por eso, de seguir siendo un baluarte de las libertades políticas. Jesucristo, que era Dios y, por tanto, conocía el futuro, *sí* sabía cómo sería la Iglesia hoy; es más, ha permanecido en ella y permanecerá hasta el final de los tiempos. «He aquí -dijo a los Apóstoles- que Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación del mundo» (Mí 28, 20).

El granito de mostaza, al que Cristo comparó su Iglesia, se ha hecho árbol frondoso, como Él predijo. No ha desdeñado el tomar nitrógeno del aire e hidrógeno del suelo. Ha extendido sus ramas por toda la tierra y prestado cobijo a innumerables almas. Con todo, sigue siendo el fruto de *la misma semilla* que plantó Cristo.

## Capítulo XII

## LA UNIDAD INDICA EL CAMINO

## 1

Una vez que se ha admitido que Jesucristo rundo, en efecto, una Iglesia destinada a agrupar a todos los hombres que creyesen en Él -una organización visible que transmitiera sus enseñanzas y sus dones hasta el fin de los tiempos-, la cuestión que se plantea es la siguiente: ¿Dónde encontrar esa Iglesia?

Aquí, en Norteamérica, estamos familiarizados con el hecho de que existan cientos de organizaciones religiosas que se llaman a sí mismas *Iglesias Cristianas*: la iglesia baptista, la metodista, la presbiteriana, la luterana, la episcopaliana... Todas ellas nos suenan, pero hay muchas más. Los anuarios y los almanques ofrecen listas interminables de «iglesias», con divisiones y subdivisiones.

Muchas de ellas aseguran ser la verdadera Iglesia de Cristo. Pero, antes de analizar la contradicción que tal afirmación encierra, conviene aclarar que gran número de iglesias

protestantes no afirman tal cosa, sino que asumen que son *parte* de la Iglesia total, dando testimonio de Cristo a su manera. Su filosofía puede resumirse en unas frases que a menudo oímos a nuestros amigos protestantes: «Es bueno pertenecer a alguna Iglesia... La religión es necesaria. Pero, con tal de que uno crea en Cristo y procure llevar una vida recta, no importa demasiado qué iglesia sea ésta. Tan buena es una como otra. Todos vamos hacia el mismo sitio, sólo que viajamos en distintos trenes...».

La respuesta lógica a esta última observación es que, en efecto, todos queremos llegar al mismo sitio, el Cielo, y que, evidentemente, viajamos en distintos trenes. Pero lo importante no es eso, sino saber cuál de esos trenes llegará a su destino.

Pero profundicemos un poco más en esta plaga del *indiferentismo*, que da por supuesto que tan buena es una iglesia como otra. Si suscribiéramos esta teoría, estaríamos reconociendo implícitamente que no existe una verdad objetiva. Si diferentes iglesias enseñan cosas completamente distintas y todas son igualmente buenas, la verdad no puede ser un valor sólido y permanente. Se convierte en simple opinión, en algo cambiabile y relativo. Es decir, que será verdad lo que queramos que lo sea.

Sabemos que no es así, que existe una verdad objetiva. Dos y dos son cuatro, y siempre lo serán. Si alguien dice que dos y dos son



cinco, bueno, puede decirlo, porque estamos en un país libre; ahora bien, no por eso dos y dos dejarán de ser cuatro. Además, convertiríamos el mundo en un caos si cada cual sumara a su manera, si decidiéramos que «una suma es tan buena como otra».

Más desastroso es decidir que una religión es tan buena como otra, porque las consecuencias son mucho más graves. Desastroso e irracional al mismo tiempo. No, la verdad religiosa no puede ser algo relativo o subjetivo, porque no puede haber verdades más ciertas, más *verdaderas*, que aquellas que Dios mismo nos ha dado a conocer. Toda verdad -sea matemática, científica, filosófica, etc.- procede de Dios, toda tiene en Él su origen, ya que Él es la Verdad Infinita; ahora bien, estas verdades no nos llegan directamente, sino que las deducimos o las extraemos de la experiencia, de la observación del mundo que nos rodea.

Las verdades religiosas son algo diferente, puesto que proceden directamente de Dios. Por lo tanto, son más ciertas que las verdades naturales que los hombres han descubierto. Euclides pudo equivocarse y Einstein también, y Colón, pero Dios no.

Si dijéramos que diez, o doce, o cien iglesias diferentes que enseñan otras tantas doctrinas distintas son todas verdaderas, es que nos habríamos vuelto locos. Puede ser que todas estén equivocadas, pero sólo una puede estar en lo cierto. Las verdades divinas son inmutables y eternas, siempre las mismas. Aun-

que todos los hombres decidieran, por votación unánime, que sólo había dos Personas en Dios, seguiría habiendo tres. Aunque nos empeñáramos en afirmar que Cristo era una persona excelente, sublime, pero no poseedor de una naturaleza divina, no por eso dejaría de ser Dios.

No debemos ser intransigentes con aquellos cristianos no católicos de buena fe, que siguen la voz de su conciencia a la luz de lo que conocen, pero sí con el error. Como seres racionales no debemos, y como católicos no podemos, estar de acuerdo con quienes dicen que les caen bien los católicos, pero que es una tontería discutir sobre religión, pues todos los creyentes tratan de servir a Dios y lo de menos es la iglesia a la que se pertenece. Tal vez estemos tentados de ser comprensivos y «tolerantes», pero si nos mostramos de acuerdo con esas tesis, traicionamos a la razón y, de paso, caemos en la herejía.

Si alguien nos pregunta por qué somos católicos, supongo que no responderemos que «por casualidad», que, al ser nuestros padres católicos, nos limitamos, sin más, a seguir sus pasos. En primer lugar, porque estamos convencidos de que Dios no nos otorgó «por casualidad» el precioso don de la fe, aunque usase a nuestros padres como instrumentos

aptos en la transmisión de esa fe; Dios no hace nada «porque sí». En segundo lugar, porque no es algo «irrelevante» o «natural» que, al hacernos adultos, continuemos profesando nuestra fe, «sin más». Hay millones y millones de hijos de metodistas, y de baptistas, y de presbiterianos que, al alcanzar la madurez, han echado por la borda la religión de sus mayores, y lo mismo ha ocurrido con muchos hijos de padres católicos. Así pues, no tiene sentido decir que uno es católico porque nuestros padres lo eran. Ellos pudieron darnos, sí, el empujón inicial, pero nada más. Por eso, el nudo de la cuestión es el siguiente: ¿Por qué seguimos siendo católicos *hoy*? Sin duda, porque, con el paso de los años, hemos descubierto lo *razonable* que es nuestra fe. Por supuesto que la fe es un don de Dios, pero, si la hemos conservado, ha sido porque hemos comprendido que tiene sentido creer, que hay una lógica de la fe; por eso la hemos conservado y fortalecido, luchando contra las tentaciones y las dudas. Tal vez no seamos capaces de explicar, si nos aprietan, *por qué* estamos convencidos de que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo, pero la respuesta, con todo, yace oculta en el fondo de nuestro corazón y de nuestra mente, y, si nos dan tiempo y nos dejan pensar con calma, encontramos las razones que justifican nuestra convicción.

¿Cuáles son esas razones? Una de ellas, indudablemente, es que sólo en la Iglesia Cató-

lica se encuentra la UNIDAD por la que Cristo oró fervientemente: «Para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado...» (Jn 17, 21).

En primer lugar está la *unidad de la fe*. Ninguna otra organización religiosa cuenta con unos miembros tan unidos alrededor de las verdades de su *Credo* como los católicos. Por encima de la edad, de la nacionalidad, de la educación o la cultura, todos profesamos las mismas verdades religiosas. Un niño católico alemán de nueve años cree exactamente lo mismo que un anciano obispo de la Argentina. Éste comprenderá mejor esas verdades, pero, por lo que a éstas se refiere, ambos piensan lo mismo.

Esto es, por supuesto, lo que la razón nos pide. Sabemos que lo que dice Dios es verdad; verdad para todos y verdad siempre. En materia de vestidos, música, política o alimentos no hay nada escrito, pero en materia de Religión -es decir, de la Verdad Absoluta- todo está dicho. Si Dios ha dicho que tal cosa es así, lo será siempre; si es verdad para mí, también lo es para los japoneses y los filipinos. Si empezáramos a hacer distingos entre las verdades divinas; si dijéramos, por ejemplo, que creemos en el cielo pero no en el infierno o que aceptamos las palabras de Cristo cuando habló de la necesidad del bautismo pero no cuando dijo «Esto es mi Cuerpo», entonces, o

estamos negando la existencia de verdades fundamentales o hemos perdido el juicio.

Precisamente porque intuimos claramente que la verdad sólo puede ser *una*, nos resulta tan difícil comprender aquellas confesiones religiosas o «iglesias» que admiten opiniones distintas. Decir que cada cual puede interpretar las Sagradas Escrituras a su manera y pensar que todos tienen razón es estúpido. Sin duda, algo no funciona cuando seis personas que se sientan en un mismo banco en la iglesia piensan de manera distinta sobre su religión y todas ellas se consideran «fieles» a ella...

Dios sabe bien -y nosotros también- que nadie merece el don maravilloso de la fe auténtica. Nunca osaríamos enorgullecemos de poseerla. Nunca deberíamos mirar con aire de superioridad a quienes no tienen esa suerte. Nunca deberíamos ridiculizar sus creencias si las mantienen de buena fe y las practican. Lo que sí debemos hacer es dar gracias a Dios humildemente y rezar mucho por ellos, para que se den cuenta de que o LA VERDAD ES UNA, o no es verdad en absoluto. Sólo entonces comprenderán que la verdadera Iglesia de Jesucristo tiene que ser aquella en la que la *unidad de la fe* sea una señal que todos puedan ver. Porque la unidad indica el camino.

## Capítulo XIII

## UN ALTAR, UNA CABEZA

## 1

Sólo los católicos se encuentran corro en su casa, vayan donde vayan (desde el puno de vista religioso, se entiende). Si tienen la sierte de poder hacer un viaje en barco alrededa del mundo, hallarán a Cristo esperádoles ei todos los puertos en que haga escala: Crisb en el Santo Sacrificio de la Misa, Cristo er sus Sacramentos.

Sea que visiten Canadá, los Estados Jni-dos o Latinoamérica, sea que recorran Europa, Asia, África, Australia o las islas de Pacífico, en todas partes habrá un sacerdote que celebre Misa. En Japón, el oficiante seri tal vez bajito y amarillo; en la India, morenoy de ojos negros; en África, negro como el aaba-che... Es igual, la Misa siempre será la mi.ma, el *mismo Sacrificio de Cristo*. Y lo que importa es eso.

La lengua será también distinta y la glesia, tal vez, una choza de bambú o un b;rra-

con de madera. Pero eso no cuenta. Lo que cuenta es lo que sucede en el altar, que es exactamente lo mismo en tierra de esquimales que en una catedral europea.

Si no sabe muchos idiomas extranjeros, el viajero encontrará casi siempre quien le confiese en el suyo, aunque, en último extremo, siempre podrá arrodillarse ante el sacerdote, y *rezar* el «Yo pecador» con sincero arrepentimiento. La absolución del sacerdote le limpiará de sus pecados lo mismo que si se tratara del párroco de su pueblo.

Al recibir la Comunión, al viajero no le preocupará lo más mínimo el color de la mano del sacerdote, porque lo importante es la Sagrada Forma, el Cuerpo de Jesús Sacramentado, ese Pan del Cielo, símbolo de Unidad, que le unirá estrechamente a los feligreses de otras razas, quienes dejarán de ser extraños para él y se convertirán en hermanos. Sí, es el mismo Cuerpo de Cristo que estarán recibiendo sus familiares y amigos allá lejos, en su patria.

Si enferma en un país lejano, el Señor de Misericordia visitará al viajero por medio del Santo Viático. Y la Unción de los Enfermos, que un sacerdote desconocido le administrará si se agrava, le dará la misma fortaleza que le daría en su casa. Aunque muriese allá lejos, en un rincón del mundo, su muerte nunca sería una muerte solitaria.

El inmenso significado que todo esto tiene es que la Iglesia Católica es UNA EN EL

CULTO y UNA EN LOS SACRAMENTOS. Algo de lo que muchos católicos no son conscientes hasta que viajan, a no ser que con ocasión de un Congreso Eucarístico Internacional u otro acontecimiento de esa índole cobren conciencia de la *universalidad* de la Iglesia.

Sin embargo, es lógico que así sea, pues tal fue lo que Cristo quiso hacer al fundar la Iglesia. Porque Él no vino para ofrecer una fe a los ricos y otra a los pobres; una religión a los latinos y otra a los anglosajones; una salvación a los blancos y otra a los negros. No. El Sacrificio que Él instituyó y los Sacramentos que nos legó, iban a ser, por su misma naturaleza, los mejores medios posibles de santificación y, por eso, tenían que ser para *todos* y estar al alcance de *todos*.

Ya hemos dicho antes que la *unidad de fe* es como un distintivo necesario de la Iglesia fundada por Jesucristo, unidad que sólo se encuentra en la Iglesia Católica. Pues bien, la *unidad de culto* y la *unidad de sacramentos* son otras tantas señales indicadoras de su origen divino; señales que no se encuentran en otras iglesias o confesiones.

Solemos tener este hecho por sabido y apenas le damos importancia. Sin embargo, se trata de algo único en el mundo. Algo que nos hace sentirnos seguros y tranquilos, estemos donde estemos.

El viajero que se ve obligado a atravesar un bosque denso y desconocido, no lo hace sin



ayuda de un guía. No se arriesga a perderse entre las frondas y a morir de hambre y de frío. Procura, además, que el guía sea *competente*. No le importará que sea alto o bajo, joven o maduro, blanco o negro, sino que conozca el camino, que esté familiarizado con sus sendas y vericuetos, con sus añagazas y peligros. En una palabra: *que sea de fiar*. Es lógico, ya que durante la travesía del bosque, va a depender por completo de él, y si no es un buen guía, su vida puede correr peligro.

Pues bien, Cristo estableció Su Iglesia para que fuese el guía que nos condujera hasta el cielo a través de la selva de la vida. En este viaje hacia la eternidad -el más importante para el hombre-, es fundamental contar con un guía que conozca el camino, que sea competente, y que no se equivoque. Cuando se trata de las verdades que hay que creer y de las cosas que hay que hacer para alcanzar el Cielo, sería trágico equivocarse. Nos jugamos demasiado. De ahí que necesitemos un guía de toda confianza.

Esta es la razón por la que cualquiera que tenga dos dedos de frente, cuando se pregunta cuál es la verdadera Iglesia de Cristo, llegue a la conclusión de que esa Iglesia tiene que ser infalible, ya que su Fundador no podía permitir que se equivocara en tema tan importante como es el de la salvación de los hombres.

Es evidente que sería peor que existiera una Iglesia sujeta a error o acertada hoy pero equivocada mañana que la no existencia de

Iglesia alguna, porque, en este caso, uno podría guiarse por su propio instinto y no equivocarse, pero, en caso contrario, se equivocaría seguro.

Está claro, pues, que la Iglesia fundada por Jesucristo tiene que estar protegida contra el error, ser infalible. No se tratará, por supuesto, de una infalibilidad referente a temas geográficos, históricos o científicos -a menos que tengan una relación directa con la religión-, sino a temas de *fe* y de *moral*, es decir, aquellos que atañen a la salvación de nuestras almas.

A esta cualidad llamada también *inerrancia* -imposibilidad de equivocarse- se refería Jesús cuando, hablando de su Iglesia, dijo que «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella», y cuando prometió a sus Apóstoles que Él estaría con ellos -es decir, con la Iglesia- «hasta la consumación de los siglos».

Así pues, teniendo en cuenta que, por la misma naturaleza de las cosas, la verdadera Iglesia de Cristo tiene que ser infalible, que Él mismo dijo explícitamente que lo sería y que la Iglesia Católica es la única que asegura serlo, cabe deducir correctamente que estamos ante otra prueba de que es, en efecto, la única Iglesia fundada por Jesucristo.

Pero hay algo más: Además de ser una prueba de la divinidad de la Iglesia Católica, la INFALIBILIDAD -centrada en la persona del Papa, Obispo de Roma y sucesor de San Pedro- es también el núcleo fundamental de

SU UNIDAD, que es otra señal de su divinidad. Precisamente porque los católicos tenemos un guía competente, de toda confianza e *infalible*, tenemos también unidad de fe y de sacramentos, de moral y doctrina.

La unidad de fe, de sacramentos y de gobierno es el triple sello que garantiza que la Iglesia Católica es la *única* Iglesia por la que Cristo oró: «que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí y Yo en ti; que sean uno como nosotros somos uno...».

Actualmente, muchos critican a la Iglesia Católica por su *autoritarismo*. Dicen que no es «democrática», que está gobernada «desde arriba». A eso debemos responder que la democracia está muy bien en materias opinables, como la política. No cabe duda de que la mayoría puede equivocarse, pero esas equivocaciones, cuando no se trata de cosas fundamentales, no suelen ser fatales. Sin embargo, cuando se trata de la Verdad Absoluta, cuando están en juego los derechos de Dios y los deberes del hombre para con Él, cuando lo que se decide es nuestra salvación eterna, sería fatal equivocarse.

No, no cabe equivocarse en estos temas. El hombre tiene que agradecer a Dios que haya procurado que así sea. Por eso ha querido ofrecernos un guía seguro: el Papa, Vicario de Cristo en la Tierra.

## Capítulo XIV

## LA VOZ DE LA SANTIDAD

## 1

Benjamín Franklin, en su *Almanaque del pobre Richard*, dice que «sólo se sabe que una tarta es buena cuando se prueba». Muchos siglos antes, alguien que era más sabio que él había dicho: «Por sus frutos los conoceréis».

Es natural que quien ande buscando la verdadera Iglesia de Cristo siga esta línea de razonamiento: «Jesucristo es Dios y, por eso, infinitamente Santo. En consecuencia, debe haber alguna prueba de la santidad de su Fundador en la Iglesia que Él fundó, algo que manifieste Su Espíritu. San Pablo dice que la voluntad de Dios es que seamos santos y, como eso fue también lo que llevó a Jesús a fundar la Iglesia, habrá que ver si hay santidad en alguna de las que dicen ser su Iglesia».

Evidentemente, nadie que sea sensato pretenderá que *todos y cada uno* de los miembros de la Iglesia de Cristo sean santos. Él mismo la comparó con una red barredera en la que

hay peces buenos y malos, con un campo en el que crecen el trigo y la cizaña, con unas bodas a las que muchos invitados no llevan el traje adecuado. Además, Jesús dijo también a los fariseos que «no son los sanos, sino los enfermos, quienes necesitan al médico», y que no había venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Mientras haya hombres libres, habrá traidores; mientras haya hombres que no se arrepientan habrá pecadores.

Sin embargo, es evidente también que la Iglesia que Cristo fundó y en la que Él mismo vive debe manifestar, de alguna manera, su divina presencia. ¿La manifiesta la Iglesia Católica? ¿La manifiesta mejor que otras iglesias? Los hechos prueban que, en efecto, la Iglesia Católica es la que, de manera especialísima y preeminente, muestra las señales de la santidad de Cristo.

Quien frecuente con asiduidad una iglesia católica habrá comprobado con cuánta insistencia y variedad de medios (homilías, sermones, catquesis, retiros, ejercicios espirituales, etcétera) los sacerdotes tratan de persuadir a los fieles de que deben llevar una vida santa. No se limitan a decir vaguedades sobre la confianza en Dios o el amor al prójimo, sino que insisten una y otra vez en los *derechos* de Dios y en nuestras *obligaciones*; unas obligaciones hacia nosotros mismos y hacia el prójimo que brotan, precisamente, de nuestros deberes hacia Dios.

En efecto: Si la Iglesia Católica no fuera la Iglesia de Cristo le sería muy fácil cerrar los ojos ante el divorcio, el aborto, el control de la natalidad o las relaciones sexuales prematrimoniales. No le importaría nada renunciar al derecho a impartir una educación cristiana, ni decir que el marxismo es una excelente doctrina. Sí, la Iglesia Católica fácilmente se ganaría a todo el mundo si renunciara definitivamente a predicar la doctrina de Cristo: «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto...».

Gracias a Dios, y a la pregunta del Maestro: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?», palabras como *sacrificio, valor, mortificación, penitencia, santidad, perfeccionamiento* e incluso *martirio* no sólo no han desaparecido del vocabulario de la Iglesia Católica, sino que son palabras clave en sus enseñanzas, como lo fueron en las de Su Fundador. Y no sólo en las enseñanzas, sino también en la vida de tantos católicos que, siguiendo los pasos del Maestro, abrazan la Cruz.

A la Iglesia Católica se la ha acusado de infinidad de cosas; de ser intolerante, rígida, autoritaria, inflexible... De lo que nunca se la ha acusado -que yo sepa- es de predicar una doctrina fácil, degradante o perversa. Nadie la ha acusado de conducir a los hombres al mal. Al contrario, todos admiten que exige demasiado, una santidad o perfección excesivas...

Tal vez la señal más clara de que la santidad de Cristo está presente en la Iglesia Católica sean las vidas de millones de hombres y mujeres de todo el mundo que se esfuerzan en ser fieles a la moral y a la doctrina católicas, que tratan de encarnar en su vida el ideal de perfección que la Iglesia predica. Su santidad permanece generalmente escondida y alcanza niveles muy distintos, pero, con su esfuerzo y con su sacrificio, constituyen el fermento de toda la masa y hacen visible a Cristo en un mundo por Él redimido.

Hay cizaña entre el trigo, por supuesto. Hay católicos con taras y defectos. Políticos católicos con las manos sucias, comerciantes católicos deshonestos, trabajadores católicos ineptos y vagos; empresarios injustos... Sí, se pueden encontrar católicos que se emborrachan y católicos que se prostituyen. Pero toda esa cizaña no impide que el trigo -mucho más abundante- eche sus raíces en un campo santificado por la Sangre de Cristo y abonado por las virtudes de la gran mayoría de los miembros de su Cuerpo Místico.

Personalmente, conozco muy pocas personas que se hayan hecho católicas *exclusivamente* a base de argumentos (por eso no doy demasiada importancia a lo que escribo); sin embargo, conozco muchas, muchísimas, que se han convertido gracias al ejemplo de algún pariente o amigo católico, cuya bondad y honradez les impresionó profundamente. Y es que la prueba más eficaz del origen divino de

la Iglesia Católica está en tu vida y en la mía.  
Conviene que no lo olvidemos.

Sólo en los Estados Unidos hay más de 200.000 hombres y mujeres que han respondido sí, en su sentido más pleno, al reto de Cristo: «¡Ven y sigúeme!». Son los sacerdotes, los religiosos y las religiosas consagradas que, libremente, han renunciado, por amor de Dios, a hacer uso del mayor don fisiológico que ha otorgado a los hombres: el poder de procrear, el privilegio de la paternidad. Mediante el voto de castidad, quedan disponibles para el ejercicio de un privilegio todavía mayor, el de la paternidad *espiritual*, y así colaboran con Cristo en la extensión del Reino de los Cielos.

Además de los Diez Mandamientos, esos hombres y mujeres se han comprometido a observar los consejos evangélicos; los miembros del clero secular en el marco de su vocación y los de las órdenes y congregaciones religiosas en el de la suya, que lleva implícita los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, mediante los cuales se esfuerzan por que la gracia de Dios fructifique en sus vidas.

La obediencia es, tal vez, la virtud que entraña un mayor sacrificio. Ni siquiera un matrimonio cristiano feliz o una situación económica desahogada son bienes tan deseables



como el de disponer a gusto de la propia vida. Desde el niño que se pregunta por qué *tiene* que hacer tal cosa, hasta el adulto que no permite que nadie le *presione* en las decisiones que toma, todo el mundo está de acuerdo en dar un valor inmenso a su libertad de elección. Por eso es tan difícil poner la propia vida en manos de los superiores religiosos o del Obispo. Sin embargo cientos de miles de hombres y de mujeres lo han hecho, y lo seguirán haciendo en el futuro. Pero lo más destacable y asombroso es que sólo en la Iglesia Católica se produce este fenómeno. A pesar del gran valor que otras iglesias cristianas dan a lo evangélico, en ninguna de ellas se valoran las virtudes de pobreza, castidad y obediencia de esa manera.

Verdad es que en las iglesias ortodoxas (ramas separadas del tronco de la verdadera Iglesia) se da también la vida monástica, y que en la Alta Iglesia Anglicana -y en la episcopaliana-, que se consideran también una «rama» de la verdadera Iglesia, existen pequeños núcleos religiosos de vida en comunidad. Pero estas excepciones se deben, sin duda alguna, a su proximidad, por su origen y su espíritu, a la Iglesia de Roma.

Todo esto no quiere decir que todos los sacerdotes y los religiosos o religiosas llevan una vida heroica. Siendo, como soy, sacerdote, conozco por propia experiencia lo lejos que estamos a veces de vivir el ideal soñado. Tampoco quiere decir que no haya en el

mundo ininidad de católicos que no son religiosos ni han hecho nunca votos y, sin embargo, viven heroicamente las virtudes cristianas. Los sacerdotes y los religiosos sentimos a veces vergüenza de nosotros mismos al encontrarnos seculares -solteros, casados o viudos- que han alcanzado una gran perfección espiritual. Porque la santidad no es una flor de invernadero que sólo se dé en los claustros o en los templos.

Lo cierto es que todo el mundo espera encontrar un reflejo de la santidad de Cristo en la Iglesia por Él fundada, y que cualquier iglesia, cuyos miembros apenas se distingan de los paganos e incrédulos por su comportamiento, carece de esa santidad visible, que es un distintivo claro de la verdadera Iglesia de Cristo.

Por otra parte, la Iglesia que pueda enorgullecerse de contar con un vasto ejército de hombres y mujeres dedicadas por entero al servicio de Dios y del prójimo tiene derecho a decir que Dios está con ella. Los incrédulos no querrán admitirlo, pero no tendrán más remedio que reconocer la vida de sacrificio, renuncia y entrega al servicio del prójimo de tantos laicos y sacerdotes católicos, religiosos y religiosas.

Pero hay una prueba todavía más sólida de que el Espíritu de Cristo y su santidad infinita actúan constantemente en la Iglesia Católica: la floración de santos canonizables, que se da en ella. Hombres y mujeres (y también niños

y niñas) que no se limitan a ser más o menos «buenos», sino que se han decidido a aspirar a la perfección con heroísmo, a costa de lo que sea. Hombres, mujeres y niños cuyo corazón está tan abrasado por el amor de Dios que son como antorchas vivientes que iluminan a muchos. Mártires, Confesores y Vírgenes. Sacerdotes y religiosos, hombres y mujeres, solteros, casados y viudos. Miles y miles de santos canonizados por la Iglesia. Santo Domingo y San Francisco, Santa Juana y Santa Bernadette, Santo Tomás Moro y Santa María Goretti... ¿Cómo mencionarlos a todos? Y no son figuras de un pasado remoto, ni un lejano recuerdo. En cada época surge una nueva generación de santos; constantemente suben a los altares santos nuevos; constantemente mueren en olor de santidad católicos que, el día de mañana, serán canonizados en San Pedro; santos cuya santidad será atestiguada por los milagros que hicieron.

Sin duda se puede encontrar gente buena en todas las religiones y en muchas sectas\*. Ahora bien, en ninguna de ellas se encuentra esa pléyade inmensa de imitadores de Cristo que son los Santos de la Iglesia Católica.

\* Ver el Apéndice 11 para ampliar esta idea.

## Capítulo XV

TIEMPO, TERRITORIO Y VERDAD  
LA UNIVERSALIDAD DE LA IGLESIA

## 1

Jesucristo no murió clavado en la Cruz para salvar a unos cuantos hombres. Tampoco se propuso que sus enseñanzas y sus dones aprovecharan tan sólo a sus contemporáneos o a los hombres de una determinada nación o de una época concreta. Él vino a redimir a *todos* los hombres, de cualquier país y de cualquier época, mientras existan almas que salvar sobre la tierra.

De este hecho se desprende que cualquier iglesia que diga ser la verdadera Iglesia de Cristo debe ser capaz de probar su continuidad histórica desde los tiempos de Cristo hasta este mismo momento. Pues bien, la realidad es que sólo una Iglesia -la Católica- puede probar esto con toda garantía.

No hay que acudir a ningún libro «católico» para refrendar tal hecho. Cualquier manual de historia muestra la continuidad de la

Iglesia Católica desde los tiempos de Cristo hasta nuestros días. Veremos cómo fueron surgiendo y desapareciendo distintas herejías: en el siglo cuarto, el *arríanismo*, que negaba la divinidad de Jesucristo; en el quinto, el *pelagianismo*, que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia; en el noveno, el *cisma* de Occidente, que más tarde se consumaría; en el siglo trece, la herejía *albigense*... Pues bien la Iglesia Católica superó siempre todas estas pruebas. Luego se produjo la gran crisis del Renacimiento. En el año 1517, un monje católico que se llamaba Martín Lutero clavó en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, en Alemania, un escrito que contenía sus famosas «95 tesis». Con ello iniciaba su existencia la primera confesión protestante: la iglesia luterana.

Sería demasiado largo analizar aquí los motivos que llevaron a Lutero a adoptar una actitud de rebeldía. Verdad es que existían abusos en la Iglesia, sobre todo en Alemania, que había que corregir, pero la actitud de Lutero se puede comparar a la de un hombre con dolor de cabeza que, para acabar con sus molestias, decide decapitarse.

Después de que Lutero consumara su rebelión y fundara la iglesia luterana, otros siguieron su ejemplo. En Inglaterra, el rey Enrique VIII estableció la iglesia anglicana (1534), que más tarde adoptaría en los Estados Unidos el nombre de episcopaliana. En Escocia John Knox fundó la iglesia presbiteriana (1557).

Calvino, en Ginebra, estableció la iglesia calvinista (1541), cuyos miembros en Francia serían conocidos con el nombre de hugonotes. En 1608, John Smyth organizó en Holanda la iglesia baptista. John Wesley fundó en Inglaterra la iglesia metodista a principios del siglo xviii (1729)... La lista sería interminable si quisiéramos enumerar todas las iglesias, confesiones y sectas surgidas desde entonces.

Lo que conviene poner de relieve aquí es que todas esas «iglesias» se establecieron mucho después de que Cristo ascendiera a los Cielos. Durante varios siglos sólo hubo una Iglesia Cristiana: la Iglesia Católica. Si no hubiese sido la verdadera Iglesia, ¿qué pensar de los millones y millones de fieles que vivieron y murieron en ella? ¿Puede pensarse que Jesús permitió que viviesen y muriesen en el error? ¿Tuvo que esperar el mundo a que viniese Martín Lutero, mil quinientos años después de Cristo, para que la humanidad recibiera su auténtico mensaje por mediación del ex monje agustino?

Para el investigador imparcial, que busca sinceramente la verdadera Iglesia de Cristo entre las actuales confesiones cristianas, la historia le muestra, sin lugar a dudas, que esa Iglesia es la Católica. Jesucristo fundó su Iglesia para salvar a *todos* los hombres. Por eso, debe haber existido *siempre*, a fin de poner a disposición de *todas* las generaciones su doctrina y sus sacramentos.

La Iglesia Católica toma su nombre de este hecho: *ser para todos siempre*, desde la Ascensión del Señor a los Cielos. El adjetivo *católico* es de origen griego y quiere decir *universal*. Fue utilizado ya el año 108 después de Cristo por San Ignacio de Antioquía y en los siglos sucesivos se hizo cada vez más frecuente. Después de Martín Lutero, su uso se hizo necesario para distinguir a la Iglesia *Católica* de las iglesias reformadas.

Precisamente porque la Verdadera Iglesia de Cristo debe, por su naturaleza, existir siempre, estar extendida por todas las naciones y enseñar todas las verdades reveladas por Jesucristo, la catolicidad o *universalidad* es una de las señales propias de la Iglesia auténtica. «Universal en el tiempo, universal en el espacio y universal en la Verdad.» Con sus casi dos mil años de historia ininterrumpida, la Iglesia Católica -y sólo ella- puede atribuirse esa universalidad.

En Alemania, los cristianos pueden ser católicos o luteranos. En Inglaterra, católicos, anglicanos, metodistas o presbiterianos. En Francia, católicos o calvinistas (hugonotes). En Holanda, Noruega, Suecia o Dinamarca, católicos o protestantes de la iglesia evangélica o reformada. En Rusia, católicos u ortodoxos. En España, Italia, Portugal, Polonia y

toda la América Latina, la inmensa mayoría de la población es católica, lo mismo que en Filipinas. En otros países de Asia y África, los católicos son una minoría. Sin embargo, vayamos donde vayamos, en cualquier país del mundo en que nos encontremos, es fácil comprobar que sólo hay una Iglesia que se encuentra en *todas partes*: la Católica.

Sabemos que Cristo vino al mundo para salvar a todos los hombres. No vino a fundar una iglesia inglesa, o alemana, u holandesa. Vino a establecer una Iglesia que superase todas las barreras de nacionalidad o de raza, que acogiese a todos los pueblos y culturas, en la que todos los hombres se encontraran como en su casa. Vino, en suma, a establecer una Iglesia Católica, *universal*. Si sus últimas palabras a los Apóstoles significan algo, es precisamente eso: «Id y evangelizad a *todas las gentes*».

Así pues, si el estar presente en todo el mundo es una señal necesaria de la Verdadera Iglesia de Cristo y si la única Iglesia que la posee es la Católica, no hay más remedio que concluir que esa Iglesia, universal en el tiempo y en el espacio, tiene que ser la misma que fundó Jesucristo.

Con todo, la universalidad de la Iglesia de Cristo incluye todavía otro aspecto. Además de tener una existencia ininterrumpida desde el siglo i, además de haber cumplido el mandato de predicar el Evangelio a todos los pueblos, la Verdadera Iglesia de Cristo debe *ense-*



*ñar también todas las verdades que Cristo mismo enseñó.* Es decir, debe ser universal en su doctrina tanto como en el espacio y en el tiempo.

Este aspecto de la universalidad de la Iglesia Católica tal vez no sea tan evidente para alguno como los otros dos. Sin embargo, quien conozca bien la historia de las distintas confesiones cristianas tendrá que reconocer que todas las iglesias surgidas después de 1517 empezaron negando alguna de las verdades mantenidas por la Iglesia desde los primeros tiempos.

Martín Lutero, por ejemplo, aseguraba que la fe en Cristo, en cuanto Redentor, era lo único que se necesitaba para salvarse. En consecuencia, rechazaba el valor de las obras buenas que el hombre pudiera hacer, ayudado de la gracia, es decir, la posibilidad de *merecer* el cielo. Y como el Apóstol Santiago decía que «la fe sin las obras está muerta», omitió la carta correspondiente (*St 2, 17*) en su traducción de la Biblia. Pronunciase o no Lutero la famosa frase que dice «peca fuerte, pero cree más fuerte», lo cierto es que implícitamente la sostenía. Por eso suprimió el Sacramento de la Penitencia en su iglesia, así como la Santa Misa y otras muchas prácticas religiosas que él consideraba supersticiones sin valor alguno.

John Knox, fundador del presbiterianismo, hizo de la doctrina de la predestinación el punto central de su credo. Esta doc-

trina enseña que Dios ha decidido desde toda la eternidad los que irán al Cielo y los que irán al Infierno, por lo que es inútil hacer cualquier cosa para evitarlo. Lo cual va en contra de la verdad católica que afirma que nuestras oraciones, nuestras buenas obras y la recepción de los sacramentos nos proporcionan la gracia y nos hacen merecer la salvación eterna. Según Knox, es inútil esperar que Dios se apiade de nosotros si no estamos entre los que ha decidido salvar.

En general, los Fundadores de las diversas iglesias reformadas fueron hombres -a menudo buenos y bienintencionados- que se fijaron en algunos aspectos del cristianismo y pusieron especial énfasis en algunas verdades con detrimento de todas las demás. Martín Lutero tenía razón cuando decía que es imprescindible creer en Cristo Redentor, pero se equivocaba al afirmar que era lo único necesario. John Knox estaba en lo cierto cuando decía que Dios sabe quiénes irán al cielo y quiénes no, pero se equivocaba al pensar que el conocimiento que Dios tiene de los hechos es lo que los provoca.

Repasando la doctrina cristiana a lo largo de los siglos, el investigador sin prejuicios descubre fácilmente que la Iglesia Católica es la única que ha preservado, propuesto y transmitido, generación tras generación, la totalidad de las verdades que enseñó Cristo y predicaron los Apóstoles. Todo lo que Cristo reveló y *sólo* eso.

Universal en el tiempo, universal en el espacio, universal en sus enseñanzas: tales son las marcas de universalidad que Cristo imprimió en Su Iglesia. Unas marcas que sólo se encuentran en la Iglesia *Católica*, llamada así precisamente por eso.

## Capítulo XVI

## LA IGLESIA DE LOS APÓSTOLES

## 1

¿Por qué los católicos no llaman a sus pastores *predicadores o ministros*? El sacerdote católico es, en efecto, un predicador cuando expone la Palabra de Dios en la Santa Misa; es también un ministro, al servicio (ministro significa servidor) de las almas que tiene confiadas. Sin embargo, el clérigo católico es mucho más que un simple predicador o un ministro, porque, además de predicar, administrar los sacramentos y servir a su rebaño de diversas formas, *ofrece un sacrificio en nombre de Cristo*: el Santo Sacrificio de la Misa. Por eso recibe el nombre de *sacerdote*: el que ofrece un sacrificio.

Cuando un protestante es hecho *ministro* se convierte simplemente en un delegado de su iglesia particular, autorizado oficialmente para predicar el Evangelio y encargarse de una congregación de fieles, pero nada fundamental cambia en él, ya que no recibe ningún

poder que no tuviera antes. Sin embargo, cuando un católico recibe el Sacramento del Orden, se opera en él un gran cambio, porque recibe un poder maravilloso que no tenía antes: el poder de convertir el pan y el vino en el cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; el poder de pronunciar las palabras mediante las cuales el Redentor, una y otra vez, renueva el ofrecimiento de sí mismo al Padre que realizó en la Cruz. *Éste* es el poder que hace de un hombre un sacerdote. Un poder que se ha ido transmitiendo, sin interrupción, de Cristo a los Apóstoles y de éstos hasta el último sacerdote ordenado hoy.

Fue en la Última Cena cuando Cristo en persona convirtió a sus Apóstoles en Sacerdotes, los *ordenó*, por decirlo así. Después de haber convertido El mismo el pan y el vino en su propio Cuerpo y en su propia Sangre, celebrando así -en cierto modo- la primera Misa, Nuestro Señor pronunció las palabras con las que administró a los Apóstoles el Sacramento del Orden por primera vez: «Haced esto -les dijo- en memoria mía». Es decir, que les mandó realizar la misma acción sagrada que Él había llevado a cabo, dándoles, naturalmente, el poder de realizarla.

Cualquier sacerdote católico de hoy, si tiene tiempo y dinero para investigarlo, podría descubrir la línea ininterrumpida que une su sacerdocio con el del mismo Cristo. Supongamos que el Reverendo *Father* Jones acaba de ser ordenado por el obispo Smith en

los Estados Unidos. Monseñor Smith *fue* consagrado obispo por Monseñor Flynn, y éste por Monseñor Meyers, a finales del siglo xix. El imaginario *Father Jones*, al realizar esta investigación, viajaría de ciudad en ciudad y de obispado en obispado buscando documentos. Así llegaría a Baltimore, donde Monseñor Carroll, consagrado obispo en Inglaterra, fue el primer Arzobispo de los Estados Unidos de Norteamérica. Nuestro sacerdote-investigador tendría, pues, que cruzar el Atlántico para seguir averiguando. Ya en Gran Bretaña, retrocediendo de obispo en obispo, llegaría hasta San Agustín de Canterbury, el gran apóstol de Inglaterra, consagrado obispo por el Papa San Gregorio en el siglo vi. Y una vez en Roma, nuestro imaginario sacerdote podría llegar hasta el primer Papa, San Pedro, y de San Pedro hasta Cristo.

Ni qué decir tiene que todo esto es hipotético. No sería fácil lograr tales resultados en la práctica, porque en el curso de veinte siglos ha habido infinidad de guerras, incendios y otras catástrofes que han destruido muchos archivos. Lo cual no resta importancia al hecho de que el poder del Sacerdocio se ha transmitido, en *línea directa y continua*, desde Cristo y los Apóstoles, hasta el último de los obispos consagrados hoy. Como una cadena de oro que enlaza las cuentas de un rosario, el Sacramento del Orden enlaza, una tras otra, las sucesivas generaciones de obispos y sacerdotes hasta llegar a Cristo.

Esto es lo que queremos dar a entender -al menos en parte- cuando decimos que la Iglesia Católica es *apostólica*. Así como los reyes tenían que probar antiguamente que llevaban sangre regia en las venas para acceder al trono, cualquier iglesia que se proclame la auténtica Iglesia de Cristo tiene que ser capaz de probar que procede directamente de los Apóstoles. Dicho de otra manera: la *apostolicidad* es una señal imprescindible de la Verdadera Iglesia de Cristo, y esa señal sólo se encuentra en la Iglesia Católica.

«Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha», dijo Jesús a sus Apóstoles, y sus palabras resuenan a lo largo de los siglos. Únicamente aquella Iglesia de la que fluye el poder y la autoridad de los Apóstoles tiene derecho a hablar en Su Nombre.

«Demuéstrame que eso está en la Biblia y lo creeré»...

«No creo en nada que no esté en la Biblia»...

«Nadie tiene que decirme lo que tengo que creer. Me basta con la Biblia»...

«Los católicos no leen la Biblia. Creen en todo lo que les dicen los curas»...

Frases como éstas son frecuentes en labios de los no católicos. Si quienes las formulan

buscan honestamente la verdad y no autojustificarse, resultará relativamente fácil explicarles unas cuantas cosas en las que quizá no hayan reparado.

En primer lugar, les podemos preguntar por qué creen que la Biblia es Palabra de Dios, ya que no hay nada en ella misma que lo garantice. Ha sido la Iglesia Católica la que ha dicho que la Biblia es un libro inspirado por Dios, por lo cual, si no se cree en la Iglesia Católica, no hay razón alguna para creer en la Biblia. En efecto: fue la Iglesia Católica la que, durante el siglo I después de Cristo, fue reuniendo pacientemente los escritos auténticos de los Apóstoles y discípulos del Señor que los escribieron; la que, meticulosamente, los examinó todos y determinó cuáles eran auténticos y cuáles eran «apócrifos», es decir, escritos por personas tal vez bienintencionadas, pero que no estaban inspiradas por el Espíritu Santo; la que, finalmente, ordenó los distintos escritos del Nuevo Testamento y los añadió a los del Antiguo Testamento, redactados por los autores del pueblo judío -patriarcas, profetas, etc.-, que también los habían escrito inspirados por Dios. Hecho todo lo cual, la Iglesia Católica declaró solemnemente: «Éstas son las Sagradas Escrituras; ésta es la Palabra de Dios».

Pues bien, la primera iglesia protestante o reformada -la luterana-, se fundó mil quinientos años después de Cristo. ¿Cómo habría podido saber Martín Lutero que la Biblia que



él tanto estimaba era palabra de Dios si la Iglesia Católica no lo hubiese dicho?

Por otra parte, si Cristo hubiese querido que nos guiásemos por un libro y sólo por un libro, ¿por qué iba a haber dicho a sus Apóstoles que fueran por todo el mundo «predicando» y «enseñando» en lugar de decirles que lo pusieran todo por escrito? Si sólo en la Biblia se pudiese encontrar la Palabra de Dios, ¿cuál hubiese sido la situación de los primeros cristianos? Los evangelios y las cartas fueron escritos muchos años después de la Ascensión del Señor a los cielos; además, hasta la invención de la imprenta en el siglo xv, las Biblias escaseaban y quien quisiera disponer de una tenía que copiarla a mano... si sabía escribir. ¿Cómo iban a salvar su alma los miles y miles -millones- de cristianos que no sabían leer ni escribir ni disponían de una? ¿Dios los condenaría por eso?

Ni qué decir tiene que los católicos creemos en la Biblia, en todos y cada uno de los libros que la componen. Creemos que en ella se contiene la Palabra de Dios. Pero, al mismo tiempo, creemos también que necesitamos una Palabra Viva, una Voz inspirada que explique e interprete el contenido de la Biblia. Esa voz es la del Magisterio de la Iglesia fundada por Jesucristo.

La experiencia nos muestra lo fácil que es caer en el error cuando tratamos de interpretar las Sagradas Escrituras personalmente. San Pedro mismo, en la segunda de sus car-

tas, dice, refiriéndose a las cartas de San Pablo, que «hay en ellas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente -como también las demás Escrituras- para su propia perdición» (3, 16)\*.

Sí, los católicos creemos en la Biblia, pero también en todo lo que Cristo enseñó, en todo lo que los Apóstoles predicaron, aunque no esté contenido en la Biblia. Las palabras que los Evangelios y las cartas de los Apóstoles ponen en labios de Jesús las podría haber dicho el Señor en un par de días si las hubiese pronunciado de corrido. ¿Sería eso y sólo eso *todo* lo que dijo durante los tres años de su predicación? ¿Estaría repitiendo durante todo ese tiempo las mismas cosas sin cesar? Evidentemente, no. El Apóstol San Juan, al final de su evangelio, aclara por dos veces la cuestión. En el capítulo 20 (30-31) dice: «Jesús realizó en presencia de sus discípulos *otras muchas señales* que no están escritas en este libro. Estas lo han sido para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre». Y en el capítulo 21 (25) insiste: «Hay además *otras muchas cosas* que hizo Jesús, que si se contaran una por una,

\* En la misma carta, San Pedro afirma taxativamente que «ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres inspirados por el Espíritu Santo han hablado de parte de Dios» (1, 20-21) (N. del T.).

pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran».

Los católicos creemos que existen dos fuentes de las que mana la Verdad: la *Biblia* (interpretada válidamente por el Magisterio de la Iglesia) y la *Tradición*, la cual está formada por el conjunto de verdades que, enseñadas por Cristo y predicadas por los Apóstoles, no están recogidas en los Evangelios ni en el resto de los libros del Nuevo Testamento. Esas verdades constituyen un tesoro, un *depósito* intangible transmitido de generación en generación por la Iglesia, cuyo mandato divino consiste precisamente en guardar, preservar y transmitir *todo* lo que enseñó Cristo, esté escrito o no.

La Iglesia nunca nos manda que creamos en algo (es decir, nunca «define un dogma») sin asegurarse de que la verdad propuesta fue enseñada y mantenida por los Apóstoles o, al menos, de que se desprende directamente de sus enseñanzas. La Iglesia Católica no propondrá nunca a sus fieles una *nueva* doctrina. La revelación concluyó con la muerte del último de los Apóstoles, San Juan Evangelista. La Iglesia no ha enseñado nada nuevo desde entonces.

La Iglesia que afirme ser la que fundó Jesús tiene que ser *apostólica*; tiene que poseer los poderes espirituales que Cristo confió a sus Apóstoles; tiene que enseñar *todas* las verdades que predicaron ellos. Históricamente, sólo hay una Iglesia que pueda probar todo esto: la Iglesia Católica.

## Apéndice I

## ¿CÓMO ES DIOS?\*

## 1

En una reciente encuesta realizada en los Estados Unidos, se preguntaba a los encuestados -entre los que había personas de todo tipo- si creían en Dios. Más del 95 por 100 respondía afirmativamente, lo que prueba que en Norteamérica hay poquísimos ateos. Ahora bien, una vez hecha esta constatación, surge una duda: ¿Cómo será el Dios en que dicen creer muchos de ellos? Porque preguntar a una persona si cree en Dios es algo así como preguntarle si cree en la democracia. Casi todo el mundo responderá que sí, aunque su idea de la democracia sea completamente distinta.

Mucha gente tiene una vaga idea de Dios. Unos piensan que es una especie de Poder espiritual, a menudo impersonal y totalmente

\*El autor solamente habla en este Apéndice de los atributos de Dios; no es su propósito explicar que en Dios hay tres Personas (N. del T.).

ajeno a los avalares del universo. Otros creen que no es más que la suma de las fuerzas físicas que rigen ese mismo universo. Otros lo consideran como una simple Idea o un Ideal, una proyección de anhelos y aspiraciones del hombre.

Existen, pues, muchas representaciones o ideas de la divinidad, por lo que, cuando se pregunta a alguien si cree en Dios, no basta con que diga que sí. Lo importante es saber qué idea tiene de Dios, porque, a lo mejor, cree en algo que, en realidad, no es Dios.

Nuestra idea de Dios es bastante clara. De hecho, lo puede ser para cualquiera que sea capaz de sumar dos y dos. Basta con comprender, a partir de la observación del mundo que nos rodea, que Dios es el Principio de todo cuanto existe, la Primera Causa de todo y, por lo tanto, un Ser Incausado. Existir es, pues, algo que está en la misma naturaleza de Dios. Existe por Sí mismo y no debe la existencia a nada ni a nadie. Cuando Moisés le pidió a Dios que se definiese a Sí mismo, Dios le dijo: «Yo soy el que soy». Dicho de otra manera: nada de lo que existe *es* en términos absolutos, excepto Dios; las demás cosas *son* en cuanto que Dios les ha dado el ser. Todas tienen su causa en Él y no pueden existir separadas de Él, lo mismo que la luz del día no puede existir separada del sol.

Espero que se me perdone el seguir una argumentación claramente intelectual, pero no hay otra manera de llegar a la conclusión de

que Dios es un *Ser Infinito*. En efecto: Puesto que no existe nada que no esté ya en Dios, nada de cuanto existe añade nada a Dios. Lo cual es tanto como decir que *Dios lo tiene todo*, o, como dicen los filósofos, «Dios posee la plenitud del ser». Que es precisamente lo que queríamos expresar al decir que Dios es *Infinito o infinitamente perfecto*. Cualquier cosa que podamos imaginar, cualquier perfección, se encuentra ya en Dios. Si no se encontrara, ni siquiera la podríamos imaginar.

Dando un paso más con nuestra razón, comprenderemos que Dios tiene que ser espiritual, espíritu puro. En efecto: Todo lo corporal, todo lo material, está compuesto de partes que, lógicamente, alguien ha tenido que ensamblar. Ningún ser corporal es capaz de juntar las partes de que está compuesto; es más, ni siquiera puede existir hasta que sus diferentes partes han sido reunidas. Por tanto, si Dios fuese un ser corporal, cabría preguntarse: ¿Quién juntó las diferentes partes que componen a Dios? La respuesta, evidentemente, es *nadie*, ya que Dios es la Causa de todo cuanto existe y nada puede existir fuera de Dios. Así pues, Dios no puede tener partes. Tiene que ser lo que los filósofos llaman un *Ser simple, inmaterial*, es decir, *espiritual*.

Siendo como es indiviso e indivisible, podemos afirmar sin temor a equivocarnos -aunque antes hayamos dicho que «lo tenía todo»- que Dios no *tiene* nada. Y siendo como es *simple*, perfecto en su mismo ser, podemos

afirmar también que *es* todo. Dicho de otra manera: Dios no tiene sabiduría; *es* la Sabiduría. No tiene poder; *es* el mismo poder, *es* Todopoderoso. Dios no tiene misericordia; *es* la Misericordia. Dios no tiene vida; *es* la misma Vida.

Bien. El que me haya seguido hasta aquí -y mucho me temo que he condensado demasiado una argumentación que ocuparía muchas páginas en un libro de teología- se dará cuenta de lo densa de contenido que es la respuesta a la pregunta del catecismo sobre la naturaleza de Dios, cuando lo define así: «Dios es espíritu puro, infinitamente perfecto».

En mi juventud, cuando algún circo ambulante llegaba a la ciudad, mi mayor ilusión consistía en visitar el «motodromo». Denominábamos así a una especie de gigantesco tonel, abierto por arriba y de paredes lisas, en cuyo interior daban vueltas y vueltas en sus motocicletas varios motoristas que parecían desafiar la ley de la gravedad. Pagábamos unos centavos, subíamos unas escaleras y contemplábamos, desde una plataforma adosada a la abertura superior, las evoluciones de los motoristas en el interior del «tonel». Nosotros, desde arriba, apostábamos por el primero, el segundo o el tercer motorista, pero

para el vigilante que estaba abajo, en el fondo del «tonel», y contemplaba desde el centro del mismo las circunvalaciones de los tres motoristas, no había primero, segundo y tercero, porque los tres giraban alrededor de su cabeza a la misma distancia. Pues bien, el tiempo, tal como nosotros lo concebimos -segundos, minutos, horas, días, meses y años- viene a ser algo parecido a las evoluciones de los motoristas en el «motodromo» respecto a Dios, que es el vigilante que «está en el centro». Todos los «motoristas» están igualmente próximos a Él. No hay «primero», «segundo», y «tercero», no hay pasado, presente y futuro para Dios, porque lo ve todo en un *presente* constante al que llamamos *eternidad*.

No es fácil expresar esta idea, aunque sabemos que Dios es eterno. «Era, es y será», dice el catecismo, con lo cual ya estamos introduciendo, sin darnos cuenta, una noción de temporalidad. Ahora bien, ¿cómo expresar, si no, la idea de eternidad?

La razón nos dice que Dios tiene que ser eterno, es decir, un Ser sin principio ni fin, ya que posee la existencia por naturaleza. Si hubiese habido un tiempo -aunque fuese hace millones y millones de años- en que todavía no existía, no sería Dios. Si hubiese empezado a existir, alguien tendría que haberle creado, por lo que ese Alguien sería el verdadero Dios. Porque, evidentemente, el Ser que es causa de todo cuanto existe tiene que ser Él mismo in-causado, es decir, sin principio. Y como existe



por sí mismo, tampoco puede tener fin. Así como es propio de la naturaleza de una planta crecer, de la de un animal cambiar de lugar y de la de un hombre pensar, lo propio de la naturaleza de Dios es *ser y existir*, lo cual, en Él, es exactamente lo mismo.

Esto no quiere decir que Dios exista *indefinidamente en el tiempo*, como a veces solemos pensar. No, no es eso. En realidad, la eternidad no tiene ninguna relación con el tiempo. Éste, según la definición de los filósofos, es «la medida del cambio». Es decir, lo que mide el nacimiento, el crecimiento, la vejez y la muerte; las transformaciones químicas y la distribución de los átomos; la oxidación, la corrosión y la corrupción de los elementos; el calor y el frío; la luz y las tinieblas. El tiempo existe porque hay cambio en el mundo. Por eso, hasta que Dios creó el universo material no hubo *tiempo* y si el universo material volviera a la nada de su origen, desaparecería el tiempo.

La eternidad es, pues, un AHORA perpetuo. Podríamos decir que es un «instante» o un «momento» eterno, pero estaríamos introduciendo otra vez la noción de tiempo, ya que la eternidad es ajena a la *duración*, al «antes» y «después» o al «ahora mismo». Es un AHORA absoluto, que lo abarca todo.

Todo esto puede parecer confuso e incluso contradictorio, pero es natural que así sea. Al fin y al cabo, las ideas que formamos en nuestra mente, y más aún las palabras de que dis-

ponemos para expresarlas, están al servicio de una experiencia vital que se desarrolla en el tiempo y en el espacio. Por eso, cuando utilizamos pensamientos y palabras humanas para hablar de Dios y de su naturaleza, somos como escultores que pretendieran labrar una estatua a martillazos, en lugar de hacerlo con el cincel o la gubia. Es decir, que no disponemos de instrumentos adecuados para captar la realidad divina.

Esto no quiere decir que lo que pensamos de Dios y lo que decimos de El sea falso, sino que no puede ser exacto. Sólo cuando le veamos cara a cara sabremos cómo es. Si nuestro intelecto limitado fuera capaz de captar toda la realidad de Dios, sería infinito, pero no lo es. Nuestra mente es tan incapaz de abarcar la plenitud divina como un jarro de contener toda el agua de los océanos.

Los astrónomos, esos hombres que estudian el firmamento, hablan de un universo en expansión. Su estudio de los astros parece mostrar que las galaxias se alejan unas de otras a una enorme velocidad. Eso quiere decir que, cuanto más se alejan, más espacio ocupan, ya que el espacio no existe hasta que hay algo en él. Así como el tiempo no es más que la medida del cambio de las cosas creadas, el espacio es la medida de la *extensión* de

las cosas materiales y de la *distancia* que las separa. Estrictamente hablando, no hay «espacios vacíos». Cuando utilizamos esta expresión, solemos olvidar que todo espacio está lleno de algún elemento material, sea el oxígeno y el nitrógeno en el aire, sea el éter u otros elementos en el espacio interestelar. Cuando se rebasan los límites del universo, el espacio deja de existir, porque en todo espacio tiene que haber algo mensurable, algo material.

No hay ciencia que incite tanto al hombre a la humildad como la astronomía. Los astrónomos no miden las distancias en kilómetros, ni en millas, sino en *años-luz*. *Un año-luz* es la distancia que recorre la luz en un año: ¡Seis *billones* de millas! Nueve *billones* y medio de kilómetros! Así, cuando un astrónomo nos dice que tal o cual estrella está a una distancia de varios millones de años-luz, nos damos cuenta de la inconmensurable grandeza del poder creativo de Dios y, también, de las incalculables sorpresas que nos esperan en el Cielo. ¿Encontraremos allí almas procedentes de planetas que dejaron de existir hace millones de años y de planetas que -desde nuestro punto de vista- «todavía» no existen en este tiempo nuestro? Tales especulaciones, aunque sean irrelevantes para nosotros y no influyan en nuestra vida, nos ayudan a darnos cuenta de nuestra pequeñez. La grandeza del universo, las dimensiones del espacio, nos ayudan también a comprender mejor ese atributo

divino que llamamos *inmensidad*, aunque conviene aclarar enseguida que la «inmensidad», aplicada a Dios, es un concepto filosófico y teológico que no tiene nada que ver con el espacio, el tamaño, la cantidad o la extensión. *Inmenso*, en este sentido, quiere decir *incommensurable*, es decir, que no tiene medida, que no se puede medir.

El que Dios sea inmenso, en este sentido, es una consecuencia de su ser infinito, ya que infinito es lo que no tiene límites de ningún tipo. Dios es totalmente ajeno a toda medida, a todo límite. Al espacio se le puede medir, pero a Dios no. Aunque pusiésemos una valla alrededor del Universo, no podríamos decir que hemos «atrapado» a Dios en su interior. Así como el tiempo es la medida del cambio, el espacio lo es de la materia. Tanto el tiempo como el espacio dejarían de existir con el universo material.

Esto no significa que no podamos decir «Dios está aquí». Sí, Él *está* aquí. Está en todas partes. Lo más difícil de comprender es *que todo* Él *está aquí*. No es que una parte de Dios esté aquí y otra parte en distinto lugar, sino que está plena y enteramente aquí, donde yo estoy, y en cualquier otro lugar.

Volvemos a darnos cuenta de lo difícil que es hablar de Dios con exactitud. Sólo disponemos de conceptos humanos, de palabras humanas, que son inadecuadas cuando se aplican a la divinidad. Decimos, por ejemplo, que «Dios descarga su ira sobre el pecador»,

cuando, en realidad, Dios es ajeno por completo a la ira. La ira, como todas las pasiones, implica un cambio en la persona que la padece, y Dios no puede cambiar. Todo cambio implica, a su vez, una transformación que mejora o empeora al sujeto que lo experimenta, pero Dios es infinitamente perfecto y no puede mejorar ni empeorar.

Está claro, pues, que, cuando hablamos de «la ira de Dios», nos estamos expresando a lo humano. Si un hombre peca, la actitud de Dios hacia él no cambia en absoluto, es el hombre el que cambia de actitud hacia Dios. El amor infinito de Dios sigue siendo el mismo; lo que pasa es que el hombre, al pecar mortalmente, rechaza ese amor. Es algo parecido a lo que ocurre con esos animales que no pueden soportar la luz del sol.

Hablar, pues, de la ira de Dios no es más que usar una metáfora que requiere una amplia explicación. Lo cual no quiere decir que sea malo utilizar ese lenguaje, ya que el mismo Dios lo emplea a menudo en las Sagradas Escrituras. Lo importante es que no olvidemos nunca que se trata de un *lenguaje figurado*, de una comparación, no de la expresión exacta de una realidad. Muchas de las llamadas «tentaciones contra la fe» provienen de olvidar este hecho.

Si Dios no puede cambiar, ¿por qué rezar? Si sabe desde toda la eternidad lo que va a suceder, ¿cómo hacerle cambiar de parecer? Si estoy enfermo y ha decidido que muera, ¿por qué pedirle que me salve?

Son razonamientos que habremos oído alguna vez y que incluso nosotros tal vez nos hayamos hecho, rechazándolos como tentaciones o buscando la respuesta por nosotros mismos. Porque hay una respuesta a esas preguntas, basada en otro atributo de Dios: su sabiduría infinita.

Al ser infinitamente perfecto y no haber nada que exista con independencia de Él, no puede haber nada que Dios desconozca, ninguna verdad ignorada por Él. Al conocer todas las cosas, conoce también las que para nosotros son futuras. Dios conoce, pues, desde toda la eternidad, lo que le pediremos en nuestras oraciones, los sacrificios que haremos, las buenas obras que realizaremos. Desde el principio -es decir, *en* la eternidad-, Dios tiene en cuenta todos los movimientos de nuestra voluntad, trazando sus planes de acuerdo con ellos. Cuando dirijo a Dios una plegaria no le cojo por sorpresa, de forma que tenga que cambiar sus planes, ya que, desde toda la eternidad, «sabía» que se la iba a dirigir y la respuesta que le iba a dar.

«¿Y si cambio de parecer y decido no rezar esa plegaria?» La pregunta es ociosa, porque

Dios también «sabía», desde toda la eternidad, que yo iba a cambiar de parecer y lo había tenido en cuenta. ¿Acaso cabe pensar que podemos coger a Dios desprevenido?

«De acuerdo. Dios lo sabe todo. Sabe lo que haré mañana, y pasado, y al otro. Ahora bien, si lo sabe y no puede equivocarse, *tiene* que suceder. Lo cual destruye nuestra libertad, porque, hagamos lo que hagamos, Dios lo tenía previsto...».

Es ésta una forma de razonar que ha traído de cabeza a mucha gente (ojalá que no a nosotros). El error está en confundir el *conocimiento* que Dios tiene de todas las cosas con la *realización* de las mismas. Las cosas no suceden porque Dios las conozca, sino que las conoce porque suceden. Incluso a nivel humano, no se nos ocurre pensar que nosotros seamos los causantes de que algo suceda por el simple hecho de que sepamos que va a suceder. Si me asomo al balcón y veo que dos automóviles se aproximan a gran velocidad en dirección contraria por una calle estrecha y de una sola dirección, *sé* que chocarán, pero eso no quiere decir que yo sea el responsable de la colisión. Los únicos responsables serán los conductores. Algo parecido ocurre con el pecado. No puedo excusarme pensando que, puesto que Dios *sabía* que iba a pecar, no tengo responsabilidad alguna. Lo que Dios sabía es que yo/libremente, *escogería* el pecado, pero ese conocimiento no es *causa* de mi pecado.

«Está bien. Pero si Dios cdhoce todo, desde toda la eternidad tenía que saber que Adán y Eva pecarían, y los hombres que vendrían después, también. ¿Por qué, entonces, no nos hizo *impecables*? ¿Por qué no creó hombres que tuviesen que ser *necesariamente* buenos?»

Para contestar a esta pregunta, hay que recordar por *qué* nos hizo Dios. Como ya hemos dicho en otro capítulo, Dios nos creó para ser felices gozando de Él en el cielo. Ahora bien, para ser felices y gozar de Dios es preciso amarle, ya que el amor de Dios es lo que capacita al hombre para verle y *gozar* de su presencia. Así como sin ojos no podemos contemplar el mundo que nos rodea, sin amor no podemos contemplar a Dios, ni ser felices en el cielo.

Ahora bien, ¿qué pasa con el amor?... Que tiene que ser *libre*. No se puede forzar el amor. Ningún padre puede hacer que su hijo le ame a fuerza de bofetadas. Juan no se puede ganar el amor de Pilar poniéndole una pistola en el pecho y diciéndole: «O me amas, o te mato». De ahí, lo absurdo de pensar en unos hombres que tuvieran que amar *necesariamente* a Dios.

Así pues, Dios tuvo que escoger entre crear a los hombres libres para que pudiesen amar -y por lo tanto no amar- o no crearlos en absoluto. Felizmente, Dios optó por crearlos (aun sabiendo que algunos rechazarían el amor), porque muchos responderían a su Amor con amor y serían eternamente felices



en el cielo. Hablando a lo humano, puede decirse que Dios hubiese querido que todos los hombres lo fueran. Ésa *era* su idea, pero Adán y Eva, haciendo uso de su libertad, cambiaron el cuadro por completo.

## Apéndice II

## ¿QUIÉNES VAN AL CIELO?

En este libro he dicho que «en todas las iglesias y confesiones religiosas hay personas buenas», afirmación que nos lleva a formular la siguiente pregunta: ¿Se puede ir al cielo sin ser católico? La respuesta es que sí, pero exige algunas matizaciones.

Lo primero que no conviene olvidar es que «fuera de la Iglesia no hay salvación», lo cual quiere decir que quien no sea católico no irá al cielo *si es responsable de no serlo*. En efecto, Cristo no fundó su Iglesia por capricho, para que fuera una especie de *club* espiritual al que se apuntara quien quisiera. La fundó para ser una prolongación visible de Él mismo en el tiempo, para que todos los hombres estuvieran unidos a Él y, a través de la Iglesia, pudiese enseñarnos la Verdad y otorgarnos la gracia divina, la vida sobrenatural. Por eso, su más vehemente deseo es que todos los hombres entren en el redil de su Iglesia.

Un católico que deja de creer, no puede esperar ir al Cielo, porque cuando Dios otorga a

una persona el don de la fe, nunca lo revoca. Quien pierde la fe la pierde por su culpa; el católico que deja de creer pierde la fe porque, por descuido, negligencia o abuso, rechaza las gracias que Dios le otorga; en algún momento de su desintegración espiritual, opta por seguir su camino de espaldas a Dios; al apartarse de Cristo en su Iglesia, se aparta de Cristo eternamente, a menos que vuelva a su seno antes de morir.

De la misma manera, el que no es católico, pero reconoce que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Cristo, no puede ir al Cielo a menos que acepte el don de la fe que Dios le ofrece. Habiendo reconocido la Verdad, si se niega a abrazarla no puede esperar salvar su alma.

Finalmente, un no católico desgarrado por la duda, que empieza a sospechar que tal vez la Iglesia Católica sea la verdadera Iglesia de Jesucristo, que comprende que debía investigar para estar seguro y que, sin embargo, se cruza de brazos y no hace nada por salir de dudas, rechazando así las gracias iniciales que Dios le ofrece, tampoco puede ir al Cielo.

En estos tres supuestos, es cierto que «fuera de la Iglesia no hay salvación». Ahora bien, también es cierto que «Dios quiere que todo el mundo se salve», por lo que a nadie niega sus gracias para alcanzar el Cielo. Lo cual quiere decir que, quien no lo alcanza, lo pierde por su culpa, ya que Dios recompensa siempre a quien hace todo lo que puede con

las gracias que recibe. Así pues, quienes no son católicos y no han podido conocer que la Iglesia Católica es la verdadera, también pueden salvarse, ya que Dios no pide imposibles. En consecuencia, un judío, un mahometano o un protestante que estén sinceramente convencidos de que su religión es la verdadera y hagan todo lo posible por cumplir todos sus preceptos, serán recompensados por Dios en la misma medida.

La actitud de esas personas de buena fe podría resumirse diciendo que desean hacer todo lo que Dios les pide y que, si no son católicos, es por ignorancia invencible. Sus intenciones son rectas y, si no obran de otra forma, es porque no saben que hay otra forma de obrar más perfecta.

Los católicos que vivimos en países donde existen muchas otras confesiones religiosas hemos conocido metodistas, presbiterianos o luteranos que son *buena* gente. Lamentaremos profundamente que estén equivocados y rezaremos por ellos, pero admiramos sus virtudes y esperamos verles algún día en el cielo. Trataremos de convencerlos, pero sin intolerancia y sin odio, actitudes ajenas por completo a la filosofía católica y a la doctrina de Jesucristo.

Con todo, hay una realidad indudable, un hecho cierto: La Iglesia Católica es el Camino de Salvación querido por Cristo, el mejor, el más seguro. Hay buenos protestantes y malos católicos, por supuesto, pero en ninguna otra

iglesia se dan tan altas cotas de santidad personal como en la Iglesia Católica; en ninguna otra, la virtud está tan extendida, la doctrina y la moral son tan seguras y la salvación, tan cierta. Gracias a los dones que Cristo ha otorgado a su Iglesia -la plenitud de la Verdad, la Santa Misa y los demás Sacramentos-, el católico fiel, el «buen» católico, tiene infinidad de ventajas respecto a los no católicos que también son «buenos».

**ÍNDICE**

	Págs.
INTRODUCCIÓN .....	9
Capítulo I	
¿EXISTE DIOS? .....	17
Capítulo II	
¿QUÉ ES EL HOMBRE? .....	25
Capítulo III	
INMORTAL Y LIBRE .....	33
Capítulo IV	
¿ES NECESARIA LA RELIGIÓN? .....	41
Capítulo V	
LOS COMIENZOS DE LA RELIGIÓN .....	49
Capítulo VI	
SOPESANDO LA VERDAD .....	57
Capítulo VII	
¿PUEDE HABER MILAGROS? .....	65
Capítulo VIII	
DIJO QUE ERA DIOS .....	73
Capítulo IX	
EL MAYOR DE LOS MILAGROS .....	81

Capítulo X	
¿FUNDÓ CRISTO UNA IGLESIA?.....	89
Capítulo XI	
EL DESARROLLO DE LA IGLESIA .....	99
Capítulo XII	
LA UNIDAD INDICA EL CAMINO .....	107
Capítulo XIII	
UN ALTAR, UNA CABEZA .....	115
Capítulo XIV	
LA VOZ DE LA SANTIDAD .....	121
Capítulo XV	
TIEMPO, TERRITORIO Y VERDAD	
LA UNIVERSALIDAD DE LA IGLESIA .....	129
Capítulo XVI	
LA IGLESIA DE LOS APÓSTOLES .....	137
Apéndice I	
¿CÓMO ES DIOS? .....	145
Apéndice II	
¿QUIÉNES VAN AL CIELO? .....	159